

Godofredo Olivares

De pies a cabeza



Programa Universitario
de Fomento a la Lectura

◆ COLECCIÓN ◆
FERNANDO CARLOS
VEVIA ROMERO

◆ COLECCIÓN ◆
FERNANDO CARLOS
VEVIA ROMERO

Godofredo Olivares

De pies a cabeza



Programa Universitario
de Fomento a la Lectura





Ricardo Villanueva Lomeli
Rectoría General

Héctor Raúl Solís Gadea
Vicerrectoría Ejecutiva

Guillermo Arturo Gómez Mata
Secretaría General

Carlos Iván Moreno Arellano
Coordinación General Académica

Patricia Rosas Chávez
Dirección de Letras para Volar

Sayri Karp Mitastein
Dirección de la Editorial Universitaria



Programa Universitario
de Fomento a la Lectura

Primera edición electrónica, 2020

Director de la colección
Fernando Carlos Vevia Romero

Coordinador de la colección
Alfredo Tomás Ortega Ojeda

Autor
Godofredo Olivares Cortés

Prólogo
Luis Guillermo Samperio Gómez †

D.R. © 2020, Universidad de Guadalajara



Editorial Universitaria
José Bonifacio Andrada 2679
Colonia Lomas de Guevara
44657, Guadalajara, Jalisco
www.editorial.udg.mx

Diciembre de 2020

ISBN 978-607-547-975-0
DOI: <https://doi.org/10.32870/9786075479750>



Este trabajo está autorizado bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND) lo que significa que el texto puede ser compartido y redistribuido, siempre que el crédito sea otorgado al autor, pero no puede ser mezclado, transformado, construir sobre él ni utilizado con propósitos comerciales. Para más detalles consúltese <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

Todos los derechos de autor y conexos de este libro, así como de cualquiera de sus contenidos, se encuentran reservados y pertenecen a la Universidad de Guadalajara; por lo que se prohíbe la reproducción, el registro o la transmisión parcial o total de esta obra por cualquier sistema de recuperación de información, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, existente o por existir, sin el permiso por escrito del titular de los derechos correspondientes. Queda prohibido cualquier uso, reproducción, extracción, recopilación, procesamiento, transformación y/o explotación, sea total o parcial, sea en el pasado, en el presente o en el futuro, con fines de entrenamiento de cualquier clase de inteligencia artificial, minería de datos y texto y, en general, cualquier fin de desarrollo o comercialización de sistemas, herramientas o tecnologías de inteligencia artificial, incluyendo pero no limitando a la generación de obras derivadas o contenidos basados total o parcialmente en este libro y/o en alguna de sus partes. Cualquier acto de los aquí descritos, o cualquier otro similar, está sujeto a la celebración de una licencia. Realizar alguna de esas conductas sin autorización puede resultar en el ejercicio de acciones jurídicas.

Hecho en México
Made in Mexico

Estimado lector:

A casi una década de su creación, el Programa Universitario de Fomento a la Lectura Letras para Volar se ha consolidado como una iniciativa de responsabilidad social de gran alcance. Este Programa atiende un problema social que se encuentra en la base de la educación y realiza acciones no sólo para el desarrollo de habilidades como leer y escribir en el ámbito universitario, sino que también promueve el placer por la lectura y el acceso a los libros.

Sabemos que existe una correlación positiva entre la cantidad de libros que se poseen y el desempeño académico; sin embargo, en México sólo una de cada cuatro personas tiene más de veinticinco libros en su hogar (Conaculta, 2016). Por eso, la Universidad de Guadalajara se ha empeñado en aportar tirajes masivos para hacer accesible la lectura, así como desarrollar una serie de actividades que promuevan el gusto por ésta.

Las colecciones literarias de narrativa, Caminante Fernando del Paso; de poesía, Hugo Gutiérrez Vega, y de ensayo, Fernando Carlos Vevia Romero, expresan

un mensaje que la Universidad de Guadalajara quiere transmitir a toda la ciudadanía: leer es importante, leer es placentero, leer es transformador, leer es posible.

¡Que ningún universitario se quede sin leer!

Dr. Ricardo Villanueva Lomelí

Rector General

Universidad de Guadalajara

El cuerpo humano es el mejor retrato del alma humana.

Investigaciones filosóficas

Ludwig Wittgenstein, 1953

Índice

11	La imagen del cuerpo, reflejo de una multitud de culturas
17	Pies
23	Espaldas
27	Cejas
30	Lunares
33	Calvas
37	Pubis
42	Bigotes
45	Narices
49	Dedos
52	Rodillas
54	Uñas
58	Trenzas
61	Pulgares
66	Sudores
69	Canas
71	Brazos
74	Pieles
77	Cuellos
80	Estornudos
83	Lágrimas
87	Manos
91	Axilas

95 Párpados

101 Salivas

104 Cabezas

La imagen del cuerpo, reflejo de una multitud de culturas

En la cultura parece ser que predominan las creencias antes que las ideas. Aquéllas tienen una estructura vital de dominio generalizado, éstas se inscriben en una estructura lógica, un sistema conceptual de exclusividad iniciática.

De pies a cabeza, desde su inicio al fin, el libro entrevera un contenido anecdótico que implica un conjunto de curiosidades históricas que, en sí mismas y aisladas, podrían considerarse intrascendentes pero, insertas como van en la cultura a la cual pertenecen, son chispas tras las que se esconden plataformas que amalgaman usos, costumbres, creencias constitutivas de formas de vida prevalecientes, las que determinan vínculos y aún directrices en una dinámica de comportamientos individuales, y que son fermento y resultado del sentir el mundo en el intervalo comprendido entre nacer y morir. Son también expresión de ruptura o abandono de tradiciones, la manifestación de una protesta ante la imposición de usos y costumbres que en el proceso farrañoso y truculento de su raigambre se siente ya su decadencia. Esas chispas en ocasiones son apagadas con

la muerte del creador en ciernes de una nueva concepción de vida pero, apenas ha sido apagada, surgen bajo otras formas, chispas nuevas ante las cuales ya no hay forma ni recursos para cegarlas. Es el surgimiento de otras creencias y estructuras de pensamiento, determinantes de la acción; se trata del reacomodo de andamiajes mentales que llevan a creencias que, gradualmente, suplantán a aquéllas, usando imágenes y horizontes de esplendor que, al inicio tenues y al final vigorosas, borran sin piedad las tradiciones.

El libro es cultura, dice el refrán, y habría que preguntarse ¿qué cosa no lo es en la vida social? El libro es expresión inevitable del nivel de la cultura de un pueblo, la sociedad, el mundo mismo. Las modalidades en que aparecen los contenidos pueden ser de lo más diversas, pero siempre en cada una se expresan matices del sentir generalizado en el entorno en que se desenvuelven individuos y conglomerados que ellos conforman en el correr de los tiempos. Las creencias, fermento de conductas y comportamientos, aparecen tal cimiento en el que se instalan luego órdenes de pensamiento y la acción que perduran, y están vigentes por los siglos de los siglos, dando lugar a las más variadas manifestaciones de la imaginación y la creatividad, las cuales van dejando huella con el uso hasta establecer raigambre y consistencia.

El lector busca, en todo caso, rasgar la envoltura del discurso con la intención de encontrar un conte-

nido trascendente, una contribución al refuerzo de sus propios conceptos e intuiciones. Sabe bien que encontrará una gran cantidad de elementos que constituyen, ya mismo, como herencia esa atmósfera cultural en la que a diario se desenvuelve. Estructurados o no, de cualquier manera forman parte de su entorno, la vivencia actual y sus luchas del pasado; algunos en fermento, otros en desarrollo para cobrar vigencia; pero además los que se perfilan en decadencia con rumbo a su consideración pasiva; tal antecedente de fidelidades en torno a representaciones que iluminan la visión de promesas nuevas. Son iluminación que obnubila el pasado, el cual sucumbe ante el hastío de su vigencia y ha impregnado las fibras del cuerpo. A su vez, en su ejercicio, se ha agotado y dejan a ese cuerpo en la indigencia. Les falta aquella sustancia que se va porque ha cumplido el cometido de formar conglomerados de cultura.

Pero el lector sabe que en cada línea es posible encontrar aquello que lo sorprende y despierta en las imágenes que han quedado dormidas y desparramadas en lo más hondo de sus representaciones. Y en ello da de bruces con una chispa que activa capacidades y talento para construir un concepto y dejar atrás la duda que han fermentado aquellas representaciones, potenciando ahora el impulso hacia nuevos estadios en el ascenso al saber del mundo y su enfrentamiento.

Nuestra cultura ha llegado a un torbellino en el que resulta imposible identificar su raigambre. La memoria

es borrada por una vorágine de imágenes que, como infinitos chisporroteos, se estrella en el cuerpo; es el caso en que, en este granulado de deslucidas impresiones, la sensibilidad queda severamente mancillada. Mitos y creencias, que son fundamento de manifestaciones particulares de una atmósfera cultural, han dejado el paso a la brutalidad de expresiones que, en torrente sorpresivo, invade el pasado y, con esto, el acervo tradicional de las convicciones. Es hasta los confines, sin encontrar significativa resistencia y hallando, en cambio, la anuencia obligada como reflejo vibratorio del sismo que provocan fuerzas hegemónicas desde algún epicentro que se debate, implacable, en la ruta por frenar su decadencia. De ahí que las tradiciones significativas y sus significados quedan tan sólo en una tenue expresión de la memoria, las huellas centenarias y aún milenarias del paso de aquellos símbolos, y se fractura su rastro por las grietas que desgarran usos y costumbres con el engendro en vértigo de la sacudida global. La cosa se establece como la potencia que define el horizonte y el ser cosa se establece como la esencia que se proyecta en las otras cosas. La cultura se confisca y su significado se singulariza, para esfumarse en la inmediatez del consumo.

¿No es acaso trascendente y revelador de la cultura de una época, en un país como Francia, en pleno siglo XVIII, cuando el uso de grandes melenas encanecidas y embucladas fue representativo de poder absoluto y símbolo de sabiduría? La costumbre se extendía por

los países de mayor dinamismo económico y más acendrado rigor político. Los estratos sociales más próximos estarían más inclinados al uso y emulación de esta costumbre, pero el rigor de la jerarquización establecía los límites para que el símbolo tuviera efecto como representativo de centralidad y lo exclusivo. Siguiendo el rastro de estas prácticas hacia el más remoto pasado pueden encontrarse similitudes asombrosas, que dan cuenta de propósitos que en nada cambian los enunciados y que han sido considerados en los anales de la historia como virtudes culturales y han adquirido reputación de trascendencia. Lo mismo ocurre con otras referencias que son el contenido del libro que estamos presentando.

Con igual valor cobran vigencia símbolos actuales. El cabello debidamente recortado y la barba rasurada, por poner un ejemplo, son quizá símbolos intrascendentes, que a la sazón damos el mote de convenciones, como en una especie de rechazo al desear implantarlo. No es gratuita esta reacción, ya que representan símbolos ajenos: se implantan como emblemas extraños; de no ser observados tienen repercusiones insospechadas en la proyección del bienestar anhelado y la imbricación en un estatus que concede la sensación de plena realización y dominio.

Es este el contexto en el que a mi juicio está invitado el lector a abordar los temas que con esmerada pulcritud ha seleccionado Godofredo Olivares. El título evoca una totalidad, como lo es la figura humana; pero

la singularidad de los temas nos conduce a una fragmentación que es representativa de la importancia simbólica del lenguaje que es atribuido al cuerpo en las diversas culturas y épocas, lleva una exposición de estilo dinámico y elementos literarios que combinan el relato con ribetes de poesía importada y referencias históricas que ilustran y dan fuerza y consistencia al contenido.

Guillermo Samperio

Pies

“Blasfemo, vulgar, indecente”, le gritaron a Michelangelo Merisi de Caravaggio cuando se atrevió a pintar en un lienzo de tema religioso unos pies sucios, maltrechos, encallecidos. Eran finales del siglo XVI y aún no lograban aceptar o comprender lo sacro con tanto realismo, encontrarse frente a personajes bíblicos como ellos, personas comunes y ordinarias: de rostros feos y arrugados, cuerpos deformes o hinchados, cabelleras desgredadas e hirsutas, vestidos de harapos mugrientos y no con túnicas impecables. Caravaggio se negó a embellecer la veraz realidad y someterse al idealismo académico que todo artista entonces pintaba. Su genialidad consiguió imponer lo natural como modelo del arte, aunque lo real sea tan crudo y escandaloso como unos pies imperfectos.

Los pies, por sostener el cuerpo, aluden al cimiento y, por su acción motora de caminar sobre la tierra, a un simbolismo de humanidad. En la Reflexología, se considera al pie como un reflejo de todo el cuerpo, y por ello es un posible alivio de malestares a través de masajes o presiones en ciertos puntos de las plantas que representan los órganos internos.

Pero es sobre los terrenos eróticos donde los pies han logrado destacarse como fetiches y vértices de goces sensoriales. Diversas obras de la literatura, y después

del cine, han proporcionado efusivos ejemplos donde los pies son elementos o figuras erotizadas.

Un caso insigne de ello lo fue Restif de la Bretonne, un prolífico escritor del siglo XVIII y exaltado fetichista, al cual le seducían tanto los pies y el calzado femenino que detenía en la calle a las mujeres para suplicar que le permitieran admirar sus pies; incluso cierta vez logró seguirle los pasos a una muchacha, desde París a Lyon, porque llevaba calzadas unas bellísimas zapatillas verdes. Restif de la Bretonne transcribió su delirio en varias de sus historias, pero fue en su novela *El pie de Fanchette* donde encumbró su obsesivo fetichismo por los pies y zapatos rosas de una mujer a la que vio transitar en la calle Tiquetonne, apenas unos instantes.

Ya en el año 1230, Miguel Escoto, traductor y astrólogo de la corte siciliana de Federico II Hohenstaufen, publica su tratado médico *Liber phisionomie*, hoy un incunable donde compara e iguala tamaño y proporciones de los pies con la dimensión de los genitales, tanto femeninos como masculinos.

Siglos después, entre 1705 y 1706, el clérigo, escritor, botánico y explorador francés Jean-Baptiste Labat, durante su viaje por España, narra lo siguiente:

Las mujeres que van a pie por las calles jamás se recogen las faldas ni sus guardapiés, por mucho barro que haya; es más decente recoger el pie de barro y de porquerías que dejar ver la punta del pie, porque una

mujer que deja ver su pie a un hombre le declara por eso que está dispuesta a concederle los últimos favores.

Ver unos pies desnudos suponía entonces enamorarse de su dueña, como le ocurre a un protagonista del poeta y dramaturgo Félix Lope de Vega cuando, al cruzar un arroyo, observa los pies de su acompañante y queda enardecido de amor por ella. O en otra de sus obras escribe Lope de Vega: “Si matas con los pies, Inés hermosa, ¿qué dejas para el fuego de tus ojos?”.

Ni los senos o el mismo sexo eran tan instigadores de la sexualidad como un pie desnudo. Hasta el punto de que aquellas mujeres ocultaban sus pies, incluso cubiertos con calzados, bajo largas y pesadas faldas que tenían cocido un doblez o pliegue interior donde lograban introducir sus pies al sentarse y que no se les viesan. También se comenta que los hombres no se atrevían a obsequiarles zapatos a sus amadas porque podían comprometerlas, ya que: “Quien zapatos envía, presume que ha visto el pie”.

Durante años, el escritor francés Gustave Flaubert mantuvo guardadas en su escritorio las zapatillas que su amante Louise Colet usó la primera noche de amor compartida; y según cuenta en sus cartas, a las cuales continuamente acariciaba y besaba delirante. Este pertinaz fetichismo de Flaubert surge notorio en su famosa novela *Madame Bovary*, donde las pequeñas botas, los

pies desnudos o las medias blancas de Emma Bovary son protagonistas y ofrendas sensuales.

Los blanquísimos pies de Ana Ozores, personaje central de *La regenta*, novela del español Leopoldo Alas Clarín, celebran la feminidad decimonónica e instigan también la lujuria desbordante de todo hombre que los mira, del pueblo entero, e incluso reclaman la atención del lector hacia ellos. Y es que los pies de Ana presagian la completa desnudez de su cuerpo y prometen el ascenso a placeres ocultos bajo tanto ropaje.

Aunque en 1905, con su libro *Tres ensayos para una teoría sexual*, Sigmund Freud ya indaga sobre el fetichismo y otras perversiones, fue después de leer y analizar, a instancias de su entonces discípulo, Carl Gustav Jung, la novela *Gradiva. Una fantasía pompeyana*, del escritor alemán Wilhelm Jensen, cuando desentrañó aún más sobre la adoración de los pies. La novela narra los avatares de un joven arqueólogo fascinado y enamorado de una marmórea escultura en bajorrelieve que representa a una joven griega a punto de dar otro paso más en su andar:

Ella camina y tiene un poco alzada la túnica de pliegos numerosos, revelando así sus pies con sandalias. Uno de ellos reposa enteramente en tierra; el otro, para acompañarlo, se eleva, y sólo toca el suelo con la punta de los dedos...

Años más tarde, durante uno de sus viajes a Roma, Freud observó en el Museo Chiaramonti del Vaticano este famoso bajo relieve de la Gradiva. Luego consiguió una replica que el mismo colgó en una pared de su consultorio, muy cerca de su famoso diván psicoanalítico.

La mayoría de las mujeres se enorgullece de la pequeñez y delicadeza de sus pies. Y es que, desde la Antigüedad, un pie pequeño es signo de virtud, distinción y belleza femenina; como los diminutos pies de Cenicienta. Si bien existen distintas y diversas versiones del cuento, la *Cenicienta* de los hermanos Grimm es la más humana, atroz y simbólica. Cruda la escena donde, instigadas por su madre, las hermanastras se mutilan para lograr calzarse la pequeña zapatilla; la mayor se corta con un cuchillo el dedo gordo, y la otra, su abultado talón. Y de gran simbolismo y connotación sexual es cuando Cenicienta desliza serena y con suavidad ella misma la zapatilla frente al príncipe, no ocultándose en otra habitación, y el pie entra perfecto, sin sangre y dolor.

“Una cara bonita es un regalo del cielo; un par de pies bonitos es trabajo mío”, promulgaban ciertas doncellas ante la vieja tradición china y japonesa de impedir que sus pies crecieran y convertirlos en flores de loto dorado, considerados bellos y demasiado eróticos. Aquellos pies, transmutados en obras de arte y objetos de deseo, debían medir entre diez y quince centímetros, ser delgados, puntiagudos, simétricos, suaves, arquea-

dos y perfumados. La metamorfosis comenzaba en niñas de seis años y, elegidas tras una consulta astrológica, sus propias madres les rompían los cuatro dedos después del pulgar, luego los doblaban apretados contra el talón con vendas de seda y algodón, y cambiaban los vendajes cada dos días durante diez años consecutivos. Esta dolorosa costumbre de identidad femenina permaneció del siglo x al xx, y concluyó en China con el gobierno comunista.

Un pie descarnado hasta el hueso y un albergue siniestro inspiraron al poeta y novelista francés Georges Bataille a escribir su obra *La muerte*. Ocurrió que, en 1942, tres años antes del fin de la Segunda Guerra Mundial y para recuperarse de una tuberculosis pulmonar que lo aquejaba, Bataille residió una breve temporada en un albergue del diminuto pueblo de Tilly, al norte de Francia. Una tarde se escuchó el motor de un avión fallando y en seguida un fuerte estruendo. Bataille montó una bicicleta y acudió al lugar del impacto. Encontró un avión alemán ardiendo en una arbolada de manzanos y a varios muertos esparcidos sobre la hierba. Lo único no calcinado de esos cuerpos fue el pie de uno de ellos que, a pesar de habersele desprendido la carne con la suela del zapato, era humanamente reconocible. Georges Bataille afirmó: “Me quedé inmóvil largo rato, pues ese pie desnudo me miraba”.

Espaldas

La espalda de Jack London, que fuerte y vigorosa le sirvió por años, quedó vencida con terribles dolores cuando comenzó a teclear en una máquina de escribir sus primeros cuentos y novelas.

Tenía apenas veintiún años y era la consecuencia de una larga suma de trabajos forzados e infernales que inició desde niño. Fue repartidor de periódicos de puerta en puerta, rompió el hielo de banquetas y acomodó pinos en un boliche. Trabajó jornadas de dieciocho o veinte horas seguidas enlatando pescado en una fábrica y, luego de comprar un pequeño velero, se dedicó a vender ostras que por las noches robaba en la bahía de San Francisco. Después se embarcó en una goleta para ir a cazar focas al norte de Japón y, al volver, permaneció brevemente en un taller de yute. Más de un año paleó carbón trece horas al día como fogonero y, durante la primera fiebre del oro, viajó al territorio de Alaska e intentó hallar el preciado metal amarillo, pero acabó transportando, entre la nieve y cuestras arriba, pesadísimos bultos sobre sus anchas espaldas. Sobre aquellos sufrimientos mientras escribía, Jack London afirmó: “La espalda me dolía mucho. Aquella máquina de escribir me demostró que mi columna vertebral no era

ya muy fuerte... Cada vez que me levantaba, sufría de dolores reumáticos y quedaba doblado en dos”.

Las espaldas han sido íconos evocadores de múltiples sensualidades y lienzos o territorios artísticos, debido a que gran parte de las culturas y sociedades le dispensan el mostrarse explícitamente descubierta y, con ello, sugerir la desnudez total del resto de su cuerpo.

La espalda de Kim Novak fue considerada la más hermosa del cine de Hollywood, y si bien la mostró desde sus primeras películas, fue el director Alfred Hitchcock quien la encumbró en su cinta *Vértigo*, como metáfora encarnada del erotismo.

La espalda de Alice Prin, más conocida como ‘Kiki de Montparnasse’, quedó immortalizada en la fotografía que le realizó Man Ray en 1924 con el título *El violín de Ingres*. En esta imagen, reproducida y reinterpretada cientos de veces, aparece ‘Kiki’ con la cabeza cubierta por un turbante, ladeada a la izquierda y el rostro de perfil apenas mostrado; es su espalda desnuda la que permanece privilegiada con las dos efes que el artista visual le pintó en tinta china para asemejar las aberturas acústicas de un violín, y con ello convertir su cuerpo en un instrumento musical. La fotografía evoca la ejecución armónica de ese voluptuoso violín en un juego amoroso donde la espalda de ‘Kiki’ era tocada por un solista, Man Ray.

Mirar la espalda de Simone de Beauvoir, y el resto de su cuerpo desnudo en la portada del semanario francés *Le Nouvel Observateur*, fue para muchas personas escandaloso y controversial. Aquella edición celebraba a inicios de 2008 el centenario del nacimiento de esta genial escritora y ensayista feminista, pero gran parte de la gente percibió que esa fotografía inédita pertenecía más al ámbito privado e íntimo que a lo público. La polémica imagen ocurrió en el verano de 1950, en la ciudad de Chicago, cuando Simone de Beauvoir tenía 42 años y realizaba otra visita a los Estados Unidos. Ese día, ella quería darse un baño y su amigo Art Shay la llevó a un departamento para que pudiera lograrlo. Según relató el propio Shay, la puerta estaba entreabierta, Simone había terminado de ducharse y permanecía peinándose desnuda frente al espejo del lavabo. Él la miró y no pudo resistir el impulso de retratarla. Ella escuchó a sus espaldas el sonido del obturador de la cámara y, sin voltearse enfadada, ya que lo vio por el espejo dijo: “*Naughty man*”, que podría traducirse como travieso, pícaro o malvado. Ante esta discutida imagen, algunos grupos feministas protestaron: “Esa foto, robada a su intimidad, no ilustra en nada los escritos, la filosofía, el feminismo y la personalidad de Simone de Beauvoir”. A lo que Michel Labro, codirector de *Le Nouvel Observateur*, respondió: “El desnudo es un homenaje perfecto, la encarnación de lo que queremos describir; una mujer libre de su cuerpo y de sus ideas”.

Fuertes, nobles, vigorosas, sensuales, hermosas, atrevidas, libres, icónicas o irreverentes, las espaldas seguirán mostrando su desnudo esplendor y la singularidad de ser tan ellas mismas.

Cejas

A mediados del siglo I de nuestra era cristiana, el naturalista romano Cayo Plinio Segundo, más conocido como Plinio el Viejo, afirmó en su undécimo libro, entre los treintaisiete que componen su *Historia Natural*, que la soberbia nace y se forja en el corazón, pero aposenta su dominio en las cejas ya que el cuerpo no encontró otro sitio más alto donde ella pudiera residir sola.

Configuradas anatómicamente para evitar que el sudor escurridizo penetre a los ojos, las cejas hoy son dignas representantes del rostro y parte importante de la comunicación gestual. Ellas ayudan a expresar o señalar cambios de humor, actitudes o estados de ánimo: levantadas pueden declarar miedo o sorpresa, arqueadas connotan interrogación o duda, hacia abajo muestran furia e indignación, juntas son signo de angustia, y en un vaivén de subir y bajar marcan perplejidad o simpatía.

Maestros y artistas del antiguo arte griego consideraban que la belleza de los ojos se hallaba realzada, por decir así, y coronada por la finura de los pelillos que forman las cejas. Pero incluso, como lo cantaba el poeta Teócrito y algunas esculturas lo demuestran, unas cejas unidas eran también estimadas hermosas. El político y filósofo ateniense Demetrio de Falero expresó: “Las cejas constituyen tan sólo una pequeña parte de la cara,

y no obstante son capaces de empañar toda una vida con el desprecio que pronuncian”.

Aunque el historiador Suetonio relata que el emperador Augusto tenía las cejas juntas, ninguna de las cabezas esculpidas que se conservan lo representan de esta manera, quizá porque un epigrama helénico en aquellos días promulgaba: “Las cejas unidas son signo de orgullo y mal humor”. Luego estas palabras evolucionaron hasta convertirse en un refrán popular que versa: “El cejijunto tiene el infierno junto”. Así se fue estableciendo una relación entre las personas de cejas unidas y el mal genio. También el entrecejo fruncido, al paso del tiempo, se convirtió en un estigma infernal de seres agriados e irritables; recordemos las cejas iracundas y malhumoradas de Beethoven, Nietzsche, Wagner o Goya.

En los inicios de la cinematografía, los villanos de las películas aparecían con cejas muy gruesas, porque entonces se creía que eran indicativo de seres agresivos. Y en cambio, una ceja delgada, sutil, refleja a una persona fina; por ello en la época de los años treinta se impuso la moda de que las mujeres depilaran sus cejas y en su lugar trazaran débiles líneas con un crayón oscuro.

Si bien para los japoneses las cejas son símbolo de longevidad, y cuanto más largas mejor, en la Antigüedad fue tradición que las novias japonesas aparecieran en la boda con las cejas totalmente depiladas. También las mujeres musulmanas, las *hanafí*, se quitaban las cejas

por motivos religiosos. Y varias tribus del Amazonas perciben las cejas como horribles y se las arrancan.

Durante la primera mitad del siglo XVI algunos poetas se dedicaron a describir con suma idolatría el cuerpo femenino, y la ceja, por supuesto, no escapó a ello. En el blasón *La ceja*, del joven y desconocido Maurice Scève, es un claro ejemplo:

Ceja atractiva, bóveda curvada más negra que ébano
o azabache, concebida saliente que sombrea los ojos
cuando miran de muerte o algo mejor... Ceja donde
Amor se inspiró al hacer su arco que atrae y somete a
dioses y mortales con la triste muerte o el suave gozo,
¡oh, ceja oscura, con fúnebres deseos entierro en ne-
gras tinieblas la libertad y la doliente vida que dul-
cemente por ti me fue robada!

Cejas con las que concedemos o negamos, dudamos y admiramos, desdeñamos o desafiamos, indicamos altivez o mostramos impotencia y, por supuesto, encumbramos a la soberbia.

Lunares

En el antiguo manuscrito cabalístico el *Zohar*, obra que la mayoría atribuye al Rabí Simeón ben Yochai, y el cual vivió en los tiempos de la destrucción del segundo Templo hebreo en el siglo II, aparece la siguiente afirmación:

Todo sucede aquí abajo del mismo modo que sucede arriba. En los oscuros cielos que envuelve el universo, vemos las muchas figuras que componen los astros. Figuras que revelan cosas ocultas y misterios profundos. Semejantemente, sobre la piel que nos envuelve, existen formas y trazos que son los astros de nuestro cuerpo.

Intrigados los sabios de entonces buscaron en la piel humana y dispusieron en los lunares aquellos supuestos signos proféticos.

Siguiendo tales creencias, el griego Melampo estableció todo un tratado sobre la significación de los lunares dependiendo del sitio donde aparezcan en el cuerpo. Señala, por ejemplo, que un lunar en la frente masculina simboliza riqueza y felicidad, y en la femenina indica que una mujer será poderosa y hasta tal vez gobernante. Si aparece junto a la ceja del varón, el lunar augura un matrimonio feliz con doncella virtuosa, y ese

mismo goce ocurrirá para la mujer. Algún lunar entre las cejas determina lujuria y extravagancia en ambos sexos. Si están en las aletas de la nariz, los lunares advertirán viajes constantes. Un lunar cerca o en los labios del hombre manifiesta glotonería, y en la barbilla que llegará a poseer oro y plata. Los lunares en las orejas y el cuello son destino de fama y buena suerte, pero en la nuca son signo de mal presagio y hasta posible decapitación. Si se encuentran en la cintura de la mujer connotaran falsedad y una desdicha para sus descendientes, y en los hombres profetizan sometimientos y desventuras. Los lunares en el pecho son atributo de pobreza; en las manos anuncian muchos hijos, en las axilas prometen un afable marido o una esposa rica, o hermosos cónyuges. Abominable es tenerlos sobre el corazón, los senos o el vientre, ya que expresan una gran voracidad. De muy buen augurio son los lunares que se localizan en la zona superior de las piernas, ya que pregonan riquezas. Y hallarlos bajo el vientre del hombre vaticinan desenfreno, y en la mujer, moderación.

Al final de su obra, el legendario Melampo añade que si los lunares están en la parte izquierda del cuerpo los significados tienen una índole mórbida y siniestra, y en el lado derecho deparan bondades y buena fortuna.

Aunque los lunares en tiempos del rey Enrique IV comenzaron a tener un notable y encantador prestigio, fue en el siglo XVIII cuando alcanzaron su mayor apogeo. Sin embargo, llegó a tal grado su importancia

y lucimiento que fueron parte primordial del arreglo del rostro. E incluso para las personas que carecieran de ellos se puso en auge colocarse lunares falsos, hechos de seda o papel engomado. Los había en diversas formas, como estrellas, medias lunas, soles, círculos, corazones y hasta figuras de animales. Y según fuera el sitio del rostro donde se pegaran, estos recibían distintos nombres: si el lunar se colocaba en la frente, se le llamaba mayestático; en la nariz, impertinente; junto a los ojos, apasionado; en la comisura de los labios, besucón; sobre la boca, coquetón; en medio de la mejilla, galante; en la barbilla, discreto; y sobre algún párpado, ladrón.

Luego, cuando los lunares fueron invadiendo ya demasiadas zonas del cuerpo, Massillon, un predicador de la corte, en uno de sus sermones desaprobó la infame costumbre de ponerse lunares e irónicamente dijo que se admiraba de que no los llevaran en otra parte además del rostro. Fue entonces que las damas y los caballeros decidieron complacerlo y empezaron a ponerse lunares postizos en lugares más recónditos e íntimos.

Calvas

Sobre una de las siete colinas de Roma y cerca de la roca Tarpeya, donde arrojaban a los traidores, se eleva el Capitolio y sobre éste se alojan dos templos dedicados a la Venus Calva: uno, en honor a las mujeres rapadas durante el sitio de los galos para que los hombres tejieran cuerdas para sus arcos; y el otro, un templo destinado a las novias que sacrificaban sus cabelleras a Venus, con el fin de obtener sus favores.

Desde remota memoria, el hombre se ha preguntado la razón de encalvecer. Hipócrates, el padre de la medicina moderna, se percató de que los eunucos de la armada persa nunca se quedaban calvos ni tampoco acontecía en los hombres antes de conocer a una mujer. Y experimentó con una posible pócima para evitar la caída del pelo: una mezcla de opio, rábano picante, excrementos de paloma, remolacha y varias especias sobre el cuero cabelludo. La receta no funcionó e Hipócrates terminó tan calvo que, a los casos extremos de alopecia, se le atribuyó el sobrenombre de “calvicie hipocrática”.

El primero en glorificar a las calvas, al menos por escrito, fue Sinesio de Cirene, un filósofo griego y cristiano del siglo IV que, al irse quedando calvo, transcribió *La alabanza de la calvicie*, una obra rebotante de minuciosos e irónicos argumentos que establecen a la calvicie

como un signo de sabiduría y una palpable evidencia de la semejanza con Dios. Sinesio de Cirene aseveró: “Si bien es cierto que es cierto que el hombre es de todas las criaturas la más divina entre los hombres que han tenido la fortuna de perder su cabello, el individuo completamente calvo es absolutamente el más divino de estar en la tierra”.

Desde hace cuatro mil años han surgido métodos que ambicionan prevenir la calvicie. Una receta egipcia aconsejaba mezclar grasa de león, hipopótamo, cocodrilo, ganso y víbora a partes iguales y untarla en el cuero cabelludo. Otra fórmula, proveniente de los registros del ejército alemán, recomendaba usar saliva de caballo, y la milenaria medicina china prefería la saliva humana aderezada con sal. Un ejemplo reciente es un cepillo que apareció en Japón y el cual pretende mejorar los problemas de la calvicie a base de golpearse doscientas veces con él, durante dos veces al día, para aumentar la circulación sanguínea. El cepillo trae, incluso, incorporado su propio contador de golpes.

En la Antigüedad también se discurrió que las cabezas libres de cabellos eran naturales únicamente en algunos animales como el avestruz y los cuervos acuáticos. Pensaron que los cabellos como las plantas morían por falta de humedad y nutrientes, y que no existía remedio para nuevos nacimientos de pelo, por la muerte de su raíz estimada blanda, ligera y fácilmente consumida

en la sequedad. Se les estimaba falaces y engañosos a los hombres calvos, por tener una complexión cálida y seca. Creían también que los ciegos no sobrellevan una calvicie debido a que la humedad de sus ojos alimenta y anima el cabello.

En diversas culturas, las pilosidades van ligadas a la potencia viril, la fertilidad, el poder y la valentía, atributos que relacionaban al león, por lo tanto su carencia era apreciada como deformidad y estigma. Ovidio, en su clásico *Arte de amar*, afirmó: “Feo es el campo sin hierba, y el arbusto sin hojas y la cabeza sin pelo”. Y Séneca por su parte, cuando describe a Calígula, señala: “La fealdad de su cráneo desértico, que parecía haber llorado para conservar algunos oasis”.

Hay comunidades religiosas, donde la tonsura, una calva parcial, señala la pertenencia a una comunidad religiosa. Cleopatra se hacía afeitar la cabeza para que le asentarán mejor las pelucas ceremoniales. Julio Cesar sobrellevó el apodo de ‘cabeza de cebolla’ por carecer de melena y odiaba el pelo hasta el propio, por lo cual se depilaba hasta el más recóndito vello. Para Isabel I de Inglaterra su alopecia era insoportable y la ocultó bajo cientos de pelucas; las de color caoba rojiza y la azafra na estaban entre sus favoritas.

Es posible que apreciemos atractivas las calvas, dentro de una alternativa insigne, en los monjes budistas que se rapan el pelo como acto de renuncia a la vida mundana, o en personajes como Yul Brinner o Sinead

O'Connor; en cambio en otras personas las llegamos a repudiar, como en el dictador fascista Benito Mussolini o el líder bolchevique Vladímir Ilich Lenin.

Pubis

Sólo existen dos fotografías del pubis sin depilar de Marilyn Monroe. Aunque ya en 1949 había posado desnuda para un calendario titulado *Miss Golden Dreams* y algunas de esas mismas imágenes inauguraron, en 1953, el primer número de la revista *Playboy*, en ninguno de los desnudos muestra su pubis. De manera coincidente este par de singulares fotografías fue realizado en 1962, sólo unos meses antes de su muerte. La conservada a todo color fue hecha por Leif Erik Nygards, un caluroso 27 de junio y después de una sesión fotográfica en el hotel Bel Air de los Ángeles. La otra, producida en blanco y negro, la captó el artista gráfico Antonio Caballero durante una rueda de prensa ocurrida el 22 de febrero de aquel mismo año, en el desaparecido hotel Continental Hilton, cuando la actriz visitó la Ciudad de México. El azar ayudó a Caballero y lo puso, entre tantos reporteros y fotógrafos, a los pies de la encantadora diva; y una sola foto, de las tantas que le tomó, capturó sin querer su pubis vellosa, ya que ella casi nunca usaba ropa interior. “Sólo llevo puesto el vestido para que vean como luce un traje en una percha... Aquellos que me conocen mejor... lo saben mejor...”, comentó la voluptuosa Marilyn en aquella famosa entrevista.

El pubis es y ha sido un territorio de inquietudes y erotismos, una zona adiposa levemente elevada y cubierta de vellos que en las mujeres adquiere la forma de un triángulo invertido y en los hombres de un rombo. También, desde la Antigüedad, se le ha nombrado Monte de Venus o Monte del Amor, ya que por sus vertientes inicia el placer sexual.

En su segunda novela, *La vida está en otra parte*, el escritor checo Milan Kundera le da vida a Jaromil, un joven que conforme va viviendo se hace poeta para interpretar la realidad a la que pertenece y, a la vez, generar una realidad alterna que le permite escapar con sus versos:

El cuerpo estaba más allá de los límites de su experiencia y precisamente por eso escribía sobre él infinidad de versos. ¡Cuántas veces aparece en sus versos de aquella época el pubis femenino! Sólo gracias a la milagrosa magia poética (la magia de la inexperiencia) Jaromil hizo de ese engaño paridor y copulador un objeto nebuloso y un lema de ensoñaciones lúdicas. Así en un poema escribió que en medio del cuerpo femenino había un pequeño reloj con su tic-tac. En otra ocasión se imaginaba que aquél era el hogar de seres invisibles. Y en otra se dejaba llevar por la imagen de la abertura y se veía a sí mismo convertido en una canica cayendo prolongadamente por esa abertura hasta convertirse en una pura caída, una caída que por su cuerpo

de por vida cae. En otro poema las piernas de la muchacha se convierten en dos ríos que confluyen; se imaginaba en esa confluencia una montaña misteriosa que denominaba, con un nombre inventado con sabor a Biblia, el monte Seyrn.

Quizá porque los griegos admiraron el pubis depilado y lo glorificaron en todo su arte figurativo durante siglos los vellos púbicos no aparecieron en las obras artísticas del Occidente. Si bien Miguel Ángel Buonarroti mostró en su escultura llamada *David* un vello púbico muy estilizado, es el lienzo de la *Maja desnuda*, que pintó el español Francisco de Goya y Lucentes en 1800, el primer cuadro europeo donde aparece una mujer desnuda mostrando el pubis con sus vellocidades. Sesenta y seis años después, el pintor francés Gustave Coubert presentó, en ambientes privados, un cuadro que causó escándalo, pudor y sensualidad a toda persona que lo mirara. Esta obra, que largo tiempo estuvo sin nombre y permaneció oculta al público, ahora es conocida como *El origen del mundo* y representa, en primer plano, el pubis desnudo de una mujer acostada sobre una sábana blanca, con las piernas separadas y sin rostro. Este pubis con su oscuro pelaje es tan íntimo, real y anatómico que aún hoy provoca perturbaciones, inquietud, controversias y asombro a la mayoría de sus espectadores.

En la película española *La escopeta nacional*, del director Luis García Berlanga, aparece Don José, marqués

de Leguineche, quien colecciona en pequeños frascos los vellos púbicos de aquellas damas que ha ido conquistando a lo largo de su vida. Una colección semejante se le atribuye al escritor, aventurero y mujeriego Lord Byron, que llevó a su cama a más de doscientas mujeres sólo durante los dos años que radicó en Venecia. Se dice que guardaba los mechones de vello púbico de todas sus conquistas dentro de sobres etiquetados con el nombre correspondiente a cada una de ellas.

El poeta y novelista ruso Alexander Pushkin murió en la fría madrugada del 29 de enero de 1837 y un siglo después apareció, en manos de un historiador, un manuscrito del supuesto diario personal que llevó Pushkin el último año de su vida. En esas páginas relata intimidades, reflexiones, recuerdos, confesiones y sus obsesiones por el sexo femenino. Ejemplos de ese *Diario secreto* son estos dos fragmentos:

- 1) El vello del pubis es el signo precursor del milagro. Lo más perfecto en el cuerpo femenino es el triángulo regular que forman los vellos oscuros y espesos, que no dejan penetrar la mirada más allá. A veces es espeso, aunque no tiene la forma del triángulo, sino de una fina franja que cubre sólo los labios de tal manera que por los dos lados del pubis quedan las entradas. Antes no me gustaba. Ahora sueño con la variedad de la imperfección, después

de saciarme con la absoluta armonía de la música de las esferas del cuerpo de mi Nataly.

- 2) Al principio Zizi no quiso entregarse. Tuve que hablarle de mi próximo duelo. Corté parte del vello de su pubis para llevarlo conmigo e inhalar su aroma en el trayecto para recordar así nuestras noches en Trigorskoye.

Entre la farmacopea erótica, aparece un antiguo remedio para enamorar al hombre deseado, que consistía en darle a comer un pan que fuese amasado sobre el pubis de la mujer que pretendía poseer su amoroso corazón. Acaso por ello surgió esa sentencia que dice: “No sólo de pan vive el hombre”.

Bigotes

¿Qué sería del rostro de Emiliano Zapata, el de Adolf Hitler o el de Friedrich Nietzsche sin sus particulares bigotes? Otros serían sus rostros.

La segunda mitad del siglo XIX encumbró los bigotes con gran fervor, y pocos fueron los hombres que no lucieron bigotes solos o unidos a unas patriarcales barbas. En 1894 estuvo de moda y con gran éxito un libro de cuidados, estilos y maneras de portar el bigote, el *Manuel du coiffeur pour hommes* de Sorignet. Igualmente, en aquella época, existieron unas tazas y tarros especiales para los bigototes, con un borde protector para que los bigotes no pudieran entrar en contacto con los líquidos, y también circulaban las bigoterías para dormir, que consistían en tiras de gamuza o tela que mantenían la dirección y la forma que se les quería dar a los bigotes.

El gran escritor francés Guy de Maupassant, que siempre lució un grueso y oscuro mostacho, escribió muchas páginas al cabello y los bigotes. En su cuento *La moustache*, y en voz de una dama noble a otra, hace toda una apología a ese cúmulo de pelo sobre los labios:

¿De dónde viene pues la seducción del bigote, me preguntarás? ¿Acaso lo sé? Primero te produce un delicioso

cosquilleo. Te roza la boca y sientes un escalofrío agradable por todo el cuerpo, hasta la punta de los pies. Es él el que acaricia, el que estremece y sobresalta la piel, el que otorga a los nervios esa vibración exquisita que te arranca ese pequeño ‘¡Ah!’; como si una tuviese mucho frío. ¡Y en el cuello! Sí, ¿has sentido alguna vez un bigote en tu cuello? Eso te embriaga y te crispa, te baja por la espalda, te llega hasta la punta de los dedos. Te retuerces, mueves los hombros, echas la cabeza hacia atrás. Una desearía huir y quedarse; ¡es adorable e irritante! ¡Pero qué sensación tan agradable! Hay más todavía... ¡de verdad, ya no me atrevo! Un marido que te quiere del todo sabe encontrar un montón de recónditos lugares donde esconder sus besos, de los cuales una no se percataría nunca sola. Pues bien, sin bigote esos besos también pierden mucho de su sabor; ¡sin contar que se vuelven casi indecentes! Explícalo como puedas. En cuanto a mí, ésta es la razón que lo justifica. Un labio sin bigote está igual de desnudo que un cuerpo sin ropa; y la ropa siempre hace falta, muy poca si tú quieres, ¡pero es necesaria!

Muchos personajes se distinguen por sus particulares bigotes: el pintor Salvador Dalí, con sus bigotes antena; el cómico Cantinflas, con sus incipientes bigotes esquineros; los cantantes Jorge Negrete y Emilio Tuero, con sus delgados bigotines tan en boga durante los años cincuenta, o el inolvidable bigote cepillo de Charles Chaplin.

Y aunque hoy casi navegan los bigotes en desuso, siguen vigentes frases como: “De no malos bigotes”, por decir que alguna persona es bien parecida, o “mover el bigote”, para el que come en demasía.

Narices

Debido a la forma de su nariz, el naturalista Charles Darwin casi estuvo a punto de no emprender su viaje a bordo del bergantín *Beagle*, durante el cual desarrolló su famosa teoría de la evolución de las especies. Esto ocurrió porque Robert Fitz-Roy, el comandante del barco, juzgaba a las personas basándose en la configuración de sus facciones, y la nariz de Darwin denunciaba a un joven falto de carácter, de energía, y sin aptitudes para realizar una travesía tan prolongada e importante.

Ennoblecida por los griegos y elogiada con los renacentistas, la nariz ha encumbrado la estética de los rostros. Es el órgano privativo del olfato, por ella se detectan simpatías y desagradados, se orientan deseos y se evocan lejanos recuerdos, e incluso la nariz logra despertar al sentido del gusto.

La hermosura de su nariz, el rubio de sus cabellos, las extravagancias que cometió, su leve caminar y sus artes amatorias hicieron famosa y celebrada a Popea Sabina, la segunda esposa del enamorado y cruel emperador romano Nerón. La llamaban ‘la Venus’, y decían que poseía “la nariz más bella de la tierra” y su cabellera era “una mata de ámbar vivo” que las damas de la corte intentaban igualar tiñéndose con polvos de azafrán. Aseguraban que Popea parecía flotar en sus andares sobre

los pisos de mármol y que sus sandalias, de piel cabritilla blanca y con delgadas suelas de oro, producían un sonido semejante al murmullo del agua. Y que uno de los secretos de su belleza radicaba en sumergirse en una bañera de plata llena de leche proporcionada por quinientas burras de sus establos imperiales.

“La nariz de Cleopatra, de haber sido más corta, habría cambiado toda la faz de la tierra”, llegó una vez a especular el filósofo y matemático Blas Pascal, ya que la diversidad existente de formas y tamaños de narices ha determinado múltiples simbolismos, apreciables encantos y sufridas antipatías. Según los antropólogos, la configuración de la nariz es debido al clima; en regiones frías y secas, las narices son largas, afiladas y estrechas para entibiar y humedecer mejor el aire respirado. Mientras que en zonas calientes o tropicales sucede lo contrario, por lo cual su forma es achatada y corta. En Japón, donde abundan narices pequeñas, se cree que los poseedores de una nariz larga son seres orgullosos y llenos de jactancia.

Para ciertas culturas la nariz también ha sido símbolo de clarividencia y por ello obtienen narices de animales, sobre todo aquellos que poseen fama de buenos olfateadores, como la hiena y el cerdo, las cuales hacen polvo mágico para potenciar el contacto con los espíritus y almas del más allá.

A finales de septiembre de 1868, la escritora Louise May Alcott publicó su novela *Mujercitas*, donde narra

la vida de cuatro hermanas que van convirtiéndose en mujeres durante la Guerra Civil estadounidense. Amy, la menor de las niñas, vive sufriendo tenazmente por su nariz:

Si alguien hubiera preguntado a Amy cuál era la pena más grande de su vida, hubiera respondido en seguida ‘mi nariz’. Cuando era muy pequeña, Jo la había dejado caer en el cajón del carbón, y Amy insistía que la caída había arruinado para siempre su nariz. Le había quedado algo chata, y por más que se la estiraba no podía darle una punta aristocrática. Nadie hacía caso de eso fuera de ella, y la nariz hacía por su parte todo lo posible por crecer, pero Amy lamentaba la falta de una nariz griega y dibujaba horas enteras narices bellas para consolarse.

Célebre y tremenda fue la enemistad entre Francisco de Quevedo y Luis de Góngora, dos de los poetas más populares del Siglo de Oro en la literatura española. Ambos se criticaban e insultaban continuamente valiéndose de poemas satíricos y sonetos burlescos. Quevedo, aprovechándose que Góngora era narigón, escribió:

Érase un hombre a una nariz pegado, / érase una nariz superlativa, / érase una nariz sayón y escriba, / érase un peje espada muy barbado; / era un reloj de sol mal encarado, / érase una alquitara pensativa, / érase un

elefante boca arriba, / era Ovidio Nasón más narizado.
/ Érase un espolón de una galera, / érase una pirámide
de Egipto, / las doce tribus de narices era; / érase un
naricísimo infinito, muchísimo nariz, nariz tan fiera /
que en la cara de Anás fuera delito.

Aquella rivalidad terminó de manera innoble. Góngora, al final de su vida, permanecía arruinado y muy enfermo; sabiéndolo Quevedo, compró la casa donde vivía y lo echó a la calle.

Dentro de las pesadillas literarias que hoy denominamos “kafkianas”, el escritor ucranio Nikolai Gógol escribió un extraño cuento llamado *La Nariz*, donde un hombre despierta sin su nariz y comienza a buscarla por la ciudad. Después de horas y muchos avatares, ella por si sola regresa a permanecer de nuevo entre las mejillas de su dueño.

Otro gran escritor, Italo Calvino, llegó a expresar: “... todo se siente primero con la nariz, todo está en la nariz, el mundo es la nariz...”.

Dedos

En el cuadro *La Madona de San Sixto*, aparece el papa Sixto IV con seis dedos en su mano derecha; el pintor italiano Rafael Sanzio le pintó un dedo de más, siguiendo la creencia del siglo XVI de que los poseedores de esta anomalía anatómica, hoy llamada polidactilia, gozan de un sexto sentido y la facultad de interpretar los sueños proféticos. Por ello, también Rafael Sanzio pin-celó seis dedos en el pie izquierdo al San José de su obra *Los desposorios de la Virgen*.

El simbolismo de los dedos, y de cada uno de los dácillos, es muy diverso según la época y las diversas culturas, pero en general se le relacionan con la Divinidad y con los poderes de la psique. Un dedo sobre los labios otorga silencio; en la nariz, arrogancia o insulto; dos dedos formando cruz, inmunidad para el mal; dos dedos extendidos, asistencia, bendición o paz.

Es sabido que el filósofo francés René Descartes murió y fue enterrado en Estocolmo y que, dieciséis años después, su cadáver fue exhumado y trasladado a París. Pero pocos están enterados de que su índice derecho no viajó con él, se lo quedó el embajador de Francia como una relevante reliquia, ya que deseaba poseer el dedo con el cual se escribieron las esclarecidas palabras: “Cogito, ergo sum” (Pienso, luego existo).

El pulgar y un dedo medio que pertenecieron a la mano derecha de Galileo Galilei, además de uno de sus dientes, fueron encontrados por casualidad dentro de un relicario comprado por un coleccionista durante una subasta en noviembre del año 2007. Galileo murió en 1642 y su cuerpo no pudo ser enterrado en tierra sagrada, ya que había sido perseguido y procesado por el Santo Oficio de la Inquisición al sostener la teoría de Copérnico, considerada entonces herética, de que el Sol es el centro del Universo y no la Tierra. Casi un siglo después, a instancias promovidas por el Duque de la Toscana, Gian Gastone, se exhumaron de un modesto depósito mortuario los restos de Galileo y fueron llevados a la Basílica de la Santa Croce, en Florencia, para quedar frente a la tumba de Miguel Ángel. Pero durante el traslado, unos científicos e historiadores, que admiraban al astrónomo, se apoderaron de cinco de sus partes: tres dedos, un diente y la quinta vértebra para conservarlos como valiosas reliquias. Más tarde se logró recuperar un dedo, que permanece en exposición dentro del Museo de Historia de la Ciencia de Florencia, y la vértebra, que es custodiada por la Universidad de Padua, donde Galileo enseñó durante casi veinte años. Ahora, con la reaparición de los dedos faltantes y el diente, se completa el cuerpo del gran Galileo Galilei.

En *La creación de Adán*, fresco en el techo de la Capilla Sixtina y obra del pintor Miguel Ángel Buonarroti alrededor del año 1511, el dedo derecho de Dios casi

toca el dedo de Adán para darle la chispa de la vida y generar, a su imagen y semejanza, al primer hombre sobre la tierra. La inspiración de Miguel Ángel para concebir tal imagen pudo quizá gestarse del himno medieval *Veni Creator Spiritus*, en donde el dedo de la mano paterna da a los fieles su amor y corazón.

Rodillas

El poeta Baudelaire amaba sobremanera las rodillas femeninas, al igual que el pasajero de un autobús en un cuento del escritor venezolano Denzil Romero, que se enamora de las rodillas de una colegiala que viaja frente a él, de esa zona que permanece descubierta entre la falda y las calcetas. También Jerome, el personaje cuarentón en la película *La rodilla de Clara*, del director Eric Rohmer, queda prendado de las rodillas de la adolescente. Algunos dirían que son casos fetichistas, otros hablarían de que esas articulaciones son tan similares en el hombre como en la mujer, y varios más tal vez opinarían que si se logra obtener esa parte del cuerpo se consigue el resto de la anatomía.

En el simbolismo, la rodilla expresa el poder social y la autoridad, porque desde antiguas tradiciones han visto en las rodillas el principal asentamiento de la fuerza corporal. Por eso mismo, arrodillarse es un acto de sumisión, vasallaje, adoración, humildad o rendición. Apoyar tan sólo una rodilla ha sido para reverenciar a los humanos y asentar ambas para postrarse ante las deidades. Aunque la costumbre de proponer matrimonio de rodillas comenzó en el siglo xvi como un principio de caballerosidad medieval, es a finales del siglo xix cuando alcanzó una significancia mayor. Arrodillarse ante una

dama es decirle que se está a su servicio y a disposición de sus voluntades.

El escritor francés Gustave Flaubert opinaba que las coquetas ligas, tan de moda en su tiempo, debían llevarse arriba de las rodillas en las damas de alta sociedad, y debajo de éstas para las mujeres del pueblo.

Por su parte, la diseñadora Coco Chanel impuso el conocido “largo Chanel”, donde la falda cubre las rodillas porque, según ella, pocas mujeres poseían bonitas rodillas; ella misma odiaba sus huesudas rodillas.

El mantener a una persona de rodillas para matarlo o imponerle castigo es una forma de sometimiento, como aquellos bárbaros maestros que obligaban a sus alumnos a estar arrodillados sobre un par de corcholatas durante un largo rato para corregirlos disciplinariamente.

Uñas

En su libro *El hacedor*, Jorge Luis Borges recopiló algunos textos que treinta y tres años antes había publicado con el seudónimo de F. Bustos, en el periódico *Crítica*. Uno de aquellos escritos se titula *Las uñas*, donde narra como el pelo y las uñas mantienen su incesante obstinación de crecer, incluso más allá de la muerte:

Dóciles medias los halagan de día y zapatos de cuero claveteados los fortifican, pero los dedos de mi pie no quieren saberlo. No les interesa otra cosa que emitir uñas: láminas córneas, semitransparentes y elásticas, para defenderse ¿de quién? Brutos y desconfiados ellos solos, no dejan un segundo de preparar ese tenue armamento. Rehúsan el universo y el éxtasis para seguir elaborando sin fin unas vanas puntas, que cercenan y vuelven a cercenar los bruscos tijeretazos de Solingen. A los noventa días crepusculares de encierro prenatal establecieron esa única industria. Cuando yo esté guardado en la Recoleta, en una casa de color ceniciento provista de flores secas y de talismanes, continuarán su terco trabajo, hasta que los modere la corrupción. Ellos, y la barba en mi cara.

En torno a las uñas existen diversas consideraciones y extrañas creencias: los marinos romanos, por temor a desencadenar iracundas tormentas, tenían como norma no cortarse las uñas mientras navegaban. Cabellos, huesos y por supuesto las uñas, como restos mortales de un mártir o un santo, se convirtieron a partir del siglo VIII en veneradas reliquias y poderosos objetos curativos para los cristianos.

Diferentes culturas tienen la superstición de que los recortes de las uñas son propicios para la magia y la hechicería. Un antiguo maleficio malayo, que incluía uñas, pelo, saliva y pestañas de cierta víctima odiada, era usado para causarle daño o la muerte. Por ello, algunas personas para evitar embrujos tienen el cuidado de destruir o enterrar sus propias recortaduras de uñas, y en cambio otras las preservan en lugares seguros: los incas colocaban sus restos de uñas en las hendiduras de cualquier muro; los turcos las ponían en las grietas de la madera pensando necesitarlas en el momento de la resurrección, y los viejos armenios las ocultaban en sitios santos como en columnas, paredes o árboles de una iglesia.

En la parte occidental de África, cuando un hechicero moría, la gente se amontonaba sobre el cadáver para obtener sus uñas, los dientes o algunos cabellos que servirían de talismanes de lluvia; de no hacerlo así, aseguraban que no volvería a llover sobre sus campos. Y en el antiguo Japón, siendo el emperador una encarnación de la diosa Sol, sus uñas, pelo, barbas y hasta el bigote

eran partes sagradas, y por lo tanto él no podía cortarlas. De ser necesario lo hacían como un robo, mientras permaneciera dormido para no perjudicar su sagrada dignidad.

Para los quirománticos, aquellos que interpretan el lenguaje de las manos, las uñas revelan, por su forma o color, rasgos del carácter y signos de salud. Unas uñas de color oscuro o púrpura indican una mala circulación sanguínea; las muy rojas, hablan de temperamento fogoso; las rosa pálido, de personalidad distraída; las blancas, de tendencias apacibles, y las uñas con zonas blancuzcas o sonrosadas determinan una actitud fluctuante.

Por su aspecto, las uñas muestran distintos rasgos: las de forma almendrada o como avellana, si tienen tono rosáceo, denotan mal humor, y si mantienen tonalidades blancas, actitudes de indiferencia; las uñas planas indican predisposición a la parálisis y con estrías transversales propenden a dolores de espalda o espina dorsal. Si sobre la uña aparecen esparcidas manchas blancas, son indicativo de estrés y pasajeros malestares. Y con referencia a su longitud: las uñas largas designan a seres tranquilos, enfermizos, de mal genio, de grandes ideales y con aptitudes artísticas. En cambio, las cortas hablan de personas en extremo razonadoras, preocupadas, muy críticas, sagaces, de juicios lógicos, con debilidad a padecer de la garganta y a entrometerse en la vida de los demás.

También las uñas pueden llegar a tener una aplicación amorosa y sensual como lo aconseja el libro hindú *Lecciones de amor*, donde aparece un extenso capítulo dedicado al *Nakhadana*, el empleo voluptuoso de las uñas durante el goce amatorio. Y es que existen diversas maneras de acariciar con las uñas, momentos oportunos para hacerlo, con mayor o menor fuerza, y las partes más propicias del cuerpo para aplicar dichas caricias. Esta maniobra, llamada unguiculación, dependiendo del tamaño de las uñas tiene usos diferentes, las grandes dan gracia a las manos y las pequeñas son favorables para dar placer. Este manual también señala ocho formas de crear profundas marcas amorosas con las uñas, y las cuales se convertirán en señales perpetuas de amor. Advierte que a las mujeres casadas es conveniente hacerles estas huellas ocultas a la vista de extraños, pero en lugares que les recuerden sus lances amorosos.

El escritor español Max Aub tituló a uno de sus varios relatos *La uña*, y en este se cuenta como la uña, del meñique derecho de un hombre recién muerto, crece y luego se desprende del dedo para escapar del féretro por una de sus junturas. Arrastrándose, la garfa vengadora consigue llegar hasta su antigua casa, y una vez dentro mata a su esposa y al amante de ésta que tranquilos dormían.

Trenzas

Durante la independencia de Galia, circularon unas monedas llamadas “potin”; sobre una de sus caras aparecía un personaje en cuclillas, sosteniendo en cada mano sus largas trenzas. También en varias estelas de piedra aparecen cincelados los belicosos galos con los cabellos liados en gruesas trenzas, como una representación de la fuerza viril; un símbolo que se contrapone al concepto occidental de la trenza como imagen de la feminidad.

Por ser causa de tentaciones y arrastrar al deseo lujurioso, durante la Edad Media el cuerpo humano se consideró peligroso. Pero la naturaleza de los cuerpos femeninos lo fue aún más, ya que los hombres podían perder su honor y extraviarse en ellos, por lo cual se requería someter sus poderes eróticos al mesurado pudor y cubrirlos de pies a cabeza. Las cabelleras no escaparon a tales recatos, y se impuso que todas las mujeres mantuvieran sus cabellos aprisionados en trenzas. Y si ellas deseaban pasear en público y no eran prostitutas o niñas, debían incluso encerrar sus trenzas en tocados, cofias y gorros.

Como los nudos, las trenzas significan relación íntima, dependencia mutua y corriente enlazada. Gertner, un famoso astrólogo internacional, considera que los cabellos son receptores de comunicaciones ultrasen-

sibles y que las trenzas reúnen y facilitan la canalización de múltiples energías. Entre los mayas en cambio la trenza era una alegoría del dios solar y sólo la usaban sus representantes en la tierra.

Al caer la dinastía Manchú, última en imperar sobre la antigua China, hombres y mujeres debieron cortarse sus trenzas en un simbólico rechazo al viejo orden social ya caduco y como una forma de liberadora emancipación. Y es que el trenzar los cabellos es un acto disciplinario, donde ningún mechón debe quedar libre y todos permanezcan ordenadamente controlados. La implacable Guardia Roja persiguió a mujeres y hombres que se rehusaban a cortar sus trenzas, e incluso Xuantonq, el último emperador, debió perder su larga y preciada trenza.

En diversas épocas, la literatura ha ensalzado a las trenzas. Como en el *Cantar de los cantares*, que menciona: "...la cabellera de tu cabeza es como púrpura, un rey está prendido en las trenzas".

O en la leyenda medieval de *Tristán e Isolda*, cuando el héroe le entrega a su amada las trenzas de un derrotado enemigo como prueba de la venganza cumplida. El escritor inglés Geoffrey Chaucer con frecuencia alabó en sus poemas el largo de las trenzas, y el poeta francés Jean de Meung escribió: "Si no posee un bello rostro, ofrezca al menos a las miradas, con discreción, sus hermosas trenzas". Los hermanos Grimm recopilaron en su libro *Cuentos de la infancia y del hogar* aquel relato de la princesa *Rapunzel*, que fue encerrada en una torre

y a la que sólo se podía acceder subiendo por sus largas, doradas y fuertes trenzas. Y en la novela *María*, del narrador colombiano Jorge Isaacs, se describe cómo Efraín, el personaje principal, recibe las trenzas de su amada muerta como una prueba del amor virginal de ella.

También la cinematografía ha encumbrado a las trenzas. En la película *La trenza*, del mexicano Sergio Véjar, se narra que una trenza extraviada va convirtiéndose en objeto de culto al achacársele falsos milagros. La música, por su parte, ha hecho lo suyo; en un tango, canta un hombre traicionado por su amada: “Arrésteme, sargento, y póngame cadenas, las pruebas de la infamia las traigo en la maleta: las trenzas de mi china y el corazón de él”.

Pulgares

Misia Godebska y Josep María Sert se conocieron en el París de 1908. Y desde aquel primer encuentro Misia quedó, según confiesa en sus memorias póstumas, de inmediato cautivada con las manos del pintor catalán y sobre todo: “...por sus pulgares vivos, ásperos, voluptuosos, feroces, inquisitoriales, acariciadores y dominantes”.

La hermosa Misia tenía entonces treinta y seis años, acababa de abandonar a su segundo marido y era la mujer más inspiradora del mundo artístico y literario parisino. De niña aprendió a tocar el piano con Franz Lizst y luego fue alumna de Gabriel Fauré; fue inspiradora de prosas y versos de varios escritores como Marcel Proust, Stéphane Mallarme, Paul Valéry y Jean Cocteau; posó para lienzos de Toulouse-Lautrec, Renoir, Bonnard y Vuillard; financió e impulsó las carreras de Maurice Ravel, Stravinski y Claude Debussy, y estableció una estrecha amistad con Coco Chanel y Pablo Picasso.

Sert, por su parte, era tres años menor que ella, algo rechoncho, bajo de estatura, caballeroso, feo, seductor, calvo, muy culto y bastante adinerado. Le apodaban ‘el Tiépolo del Ritz’ porque pintaba grandes murales y frescos en salones de acaudalados y aristócratas. Sus

mejores obras las plasmó en las paredes de la catedral catalana de Vic y en el hotel Waldorf Astoria de Nueva York.

Permanecieron juntos, entre pasiones y extravagancias, a lo largo de casi veinte años. Y aunque Sert seguidas veces le fue infiel y acabó abandonándola por otra más joven, Misia nunca dejó de amarlo y siempre fascinada idolatró aquellos intensos y encallecidos pulgares de Sert.

Los pulgares son dedos maestros y poderosos, ya que al ser opositores a los demás dedos logran su acción prensil, sujetar, oprimir o sostener. Se dice que gracias a ellos la humanidad logró evolucionar, ya que al desarrollarse los pulgares convirtieron a la mano en una herramienta que podía construir o manipular otras herramientas. Y el propio desarrollo de los dedos pulgares o mayores del pie permitieron alcanzar un mejor equilibrio en la postura erecta del cuerpo y ejercer un excelente impulso para caminar o correr.

Las civilizaciones antiguas conocían bien que los pulgares en las manos son primordiales para empuñar armas con cierto grado de destreza y puntería, y necesarios en los pies para una estabilidad y dirección del cuerpo al andar. Por ello, cuando capturaban a sus vencidos enemigos les cortaban los dedos pulgares de manos y pies para incapacitarlos en futuras batallas.

El gran filósofo y escritor renacentista Michael de Montaigne comentó en sus *Ensayos* que los romanos

absolvían de ejercer el servicio militar a los hombres que poseían pulgares defectuosos o sólo conservaban uno de ellos. Y cómo algunos aprovechaban esta dispensa y se automutilaban para no acudir a la guerra. Montaigne relata que el emperador Augusto condenó a perpetuidad en los calabozos a Cavo Vatio por haberse cercenado su pulgar izquierdo y evitar ser enrolado en el ejército, y a otro ilustre personaje le confiscó todos sus bienes por cortarle los pulgares a sus dos hijos y librarlos de convertirse en guerreros.

La huella digital ensangrentada de un pulgar derecho, impresa sobre una puerta de madera, es el primer caso policial que registra la historia para lograr esclarecer un doble asesinato. Ocurrió a inicios de julio de 1892, en la capital de Argentina, y debido a que el jefe de estadística policial Juan Vucetich había iniciado, un año antes, un archivo de huellas dactilares, basándose en los tipos del patrón de Galton.

El antropólogo británico y primo de Charles Darwin, Sir Francis Galton, comenzó sus investigaciones en 1880 sobre huellas digitales como medio de identificación personal, invariable e individual de cada persona. Incluso publicó un libro donde establece una clasificación de hasta cuarenta rasgos distintos, basándose en los trabajos previos de Herschel.

Años antes, en 1858, William Herschel, siendo magistrado del distrito de Jungipoor, en la India, utilizó la impresión de la palma de las manos en el reverso de

papeles para identificar a los soldados hindues pensionados, con el propósito de que no se hicieran pasar por otra persona o negar su identidad.

Por tablillas de arcilla encontradas en excavaciones arqueológicas, se sabe que en las antiguas Babilonia y Persia ya usaban la impresión de huellas digitales para transacciones de negocios. Y en Japón, hace mil doscientos años, forzaban a los prisioneros a estampar sus pulgares sobre los registros carcelarios, a modo de mantenerlos identificados. También en China, durante muchos siglos, el emperador plasmó la huella de su pulgar para autenticar todos los documentos oficiales.

Los pulgares también han actuado de jueces severos o benevolentes, como ocurría durante las luchas en los circos romanos cuando un gladiador esperaba la decisión del emperador para dar muerte u otorgar la vida al gladiador vencido. Pero el pulgar levantado no significaba perdonar, como casi todos suponen; por el contrario, era signo de finiquitar al caído. Acuciosos historiadores y arqueólogos afirman que el pulgar firmemente alzado expresaba una espada desenvainada y dispuesta a actuar mortífera, y el pulgar oculto en el puño simbolizaba guardar la espada. La errónea interpretación o creencia de que el pulgar levantado fuese clemencia y no ejecución proviene de una equívoca traducción a un lienzo titulado *Pollice verso*, que el pintor francés Jean-Léon Gérôme realizó en 1872. En el cuadro aparece un gladiador esperando el dictamen de

matar o liberar a otro gladiador derrotado en la arena, y la muchedumbre, ávida de sangre, extiende sus brazos y proyecta sus pulgares hacia abajo para exigir la muerte inminente. *Pollice verso* fue traducido como “pulgar abajo” y debía haber sido “pulgar extendido”. El cine, sobre todo el hollywoodense, adoptó este error y ha contribuido a continuar mostrando en sus películas un pulgar levantado al cielo como una señal verídica, benévola y salvadora.

Con los pulgares realizamos una infinitud de tareas, e incluso de manera inconsciente, casi mágica.

Sudores

“El sudor de algunos individuos hace huir a las chinches y a demás insectos dañinos”, afirmaba un viejo diccionario de ciencias médicas que fue muy popular en su época.

En la actualidad se percibe el sudor con otros enfoques; a veces como molestia, cuando se sufre el calor citadino dentro del automóvil, y otras con gusto, en un placentero baño sauna.

La sudación llegó a tener en algunas tradiciones un valor místico-mágico, como se da en algunas culturas mesoamericanas donde el baño de vapor tiene un sentido de sacrificio, y el sudor es una ofrenda al dios solar que posee un valor propiciatorio y purificador.

Varias leyendas mitológicas cuentan que el primer hombre es creado por Dios como producto de una aguda sudación. En las islas Nuevas Hébridas, si una persona deseaba causarle la muerte a otra debía conseguir alguna ropa que hubiera sido sudada por ella. Una vez obtenida la prenda, debía frotarse por completo con ciertas ramas y hojas, luego se enrollaba y ataba mientras se iba quemando poco a poco; al consumirse la tela su dueño caía enfermo, y cuando sólo quedaran las cenizas, éste moriría.

También el sudar ha sido un método curativo; en los ‘sanatorios de agua fría’ de 1824, los pacientes eran despertados a las cuatro de la mañana y se les sometía a sudar envueltos en una frazada de lana durante una media hora como mínimo, y luego les aplicaban un baño de agua fría de entre seis y ocho grados centígrados.

En la película *La reina Margot*, el rey Enrique IV muere empapado en sudor “rojo”; era la llamada sudación sanguínea, un signo que acompaña al terror de la muerte en el caso exclusivo de envenenamiento por arsénico o debido al potenciado polen lycopodium.

El sudor tiene un olor característico, fastidioso para unos y encantador para otros; como lo elogia el poeta francés Charles Baudelaire en uno de sus poemas: “Cuando entorno los ojos bajo el sol otoñal./ Y respiro el aroma de tu cálido seno./ Ante mí se perfilan felices litorales./ Que deslumbran fuegos de un implacable sol”. O los sabores que se pueden percibir del escurridizo sudor y que el escritor español, oriundo de Orihuela, Miguel Hernández evoca en su largo poema *El sudor*:

En el mar halla el agua su paraíso ansiado / y el sudor
su horizonte, su fragor, su plumaje. / El sudor es un
árbol desbordante y salado, / un voraz oleaje. / Llega
desde la edad del mundo más remota / a ofrecer a la
tierra su copa sacudida, / a sustentar la sed y la sal gota
a gota, / a iluminar la vida. / Hijo del movimiento, primo
del sol, hermano / de la lágrima, deja rodando por

las eras, / del abril al octubre, del invierno al verano,
/ áureas enredaderas. / Cuando los campesinos van
por la madrugada / a favor de la esteva removiendo el
reposo, / se visten una blusa silenciosa y dorada / de
sudor silencioso. / Vestidura de oro de los trabajado-
res, / adorno de las manos como de las pupilas. / Por
la atmósfera esparce sus fecundos olores / una lluvia
de axilas. / El sabor de la tierra se enriquece y madura:
/ caen los copos del llanto laborioso y oliente, / maná
de los varones y de la agricultura, / bebida de mi frente.
/ Los que no habéis sudado jamás, los que andáis yer-
tos / en el ocio sin brazos, sin música, sin poros, / no
usaréis la corona de los poros abiertos / ni el poder
de los toros. / Viviréis maloliendo, moriréis apagados:
/ la encendida hermosura reside en los talones / de los
cuerpos que mueven sus miembros trabajados / como
constelaciones. / Entregad al trabajo, compañeros, las
frentes: / que el sudor, con su espada de sabrosos cris-
tales, / con sus lentos diluvios, os hará transparentes,
/ venturosos, iguales.

Canas

De cierta manera, las primeras canas del escritor español Francisco Umbral le surgieron tras la muerte de su único hijo, que falleció con apenas cinco años de leucemia. Con ese dolor abierto y desgarrante, escribió su obra en prosa poética *Mortal y rosa*, donde dice estremecido:

Mi rostro en el espejo. El pelo deshecho. El tiempo subió sus hilos a tu pelo. Canas, hilvanes blancos por donde nos vamos deshilvanando, deshilachando, y se lo mal hecho que estábamos, lo de prisa que nos cosieron las costureras. El pelo se irá, se cae, poco o mucho, pero se cae.

Cada cabello al irse originando es pigmentado por unas células epidérmicas llamadas melanocitos, que producen y mezclan tan sólo dos “tinturas” básicas, de las cuales surgen todos los tonos posibles que caracterizan el pelo; desde el negro vehemente al ardiente rojizo, pasando por los castaños y dorados rubios. Pero a partir de cumplir los treinta años de edad, la producción de estas células colorantes va disminuyendo y hace surgir las indeseables canas.

Si bien en la Antigüedad, y todavía en algunas culturas, las canas significaron madurez y sapiencia, hoy la sociedad se aferra a permanecer joven, aunque sea en apariencia, y las desdeña ocultándolas bajo diferentes tintes.

Pese a que las canas muestran el imperceptible paso del tiempo, como lo advierte el cantante zorzal criollo Carlos Gardel en el tango *Volver*: “...las nieves del tiempo platearon mi sien, sentir que es un soplo la vida...”. Y son pocas las personas que pueden lucirlas con dignidad.

En el siglo dieciochista, la moda entre los aristócratas fue de cabellos canosos y pelucas blancas: “Todo el mundo desea verse viejo, porque eso lo hace parecer sabio”, comentó una dama de la corte del rey Luis XVI en una de sus cartas. Pero en ese entonces, más que un signo de sagaz experiencia, era una acentuada denotación de clasicismo; la nobleza, bajo una aparente pulcritud, marcaba su distancia de la suciedad del pueblo al vestir con colores claros y portar blanquecinas pelucas.

Antes se pensaba que una vez canoso no se podía recuperar el tono original, pero hoy la ciencia ha revelado que sí hay manera de volver a reactivar los melanocitos productores de color. Así que dentro de poco tiempo existirán en el mercado productos químicos que pigmenten de forma natural el tallo piloso.

En realidad las canas no son tan fatídicas, recuérdese aquel dicho que dice: “No porque hay nieve en el tejado, no hay fuego en el hogar”.

Brazos

Cuatro años antes de obtener el *Premio Nobel*, en 1968, el escritor japonés Yasunari Kawabata publicó su relato corto *Un brazo*, el cual es considerado ejemplo significativo del “realismo mágico” de la literatura nipona. Ahí narra, de manera perturbadora y desconcertante, la historia de una joven mujer que se quita su brazo derecho y lo entrega, por una noche, a un hombre mayor. La trama del relato sigue los movimientos y reflexiones de este protagonista:

Puse el brazo dentro de mi gabardina y salí a las calles envueltas por la bruma. Temía ser objeto de extrañeza si tomaba un taxi o un tranvía. Habría una escena si el brazo, ahora separado del cuerpo de la muchacha, lloraba o profería una exclamación. Lo sostenía contra mi pecho, hacia el lado, con la mano derecha sobre la redondez del hombro. Estaba oculto bajo la gabardina, y yo tenía que tocarla de vez en cuando con la mano izquierda para asegurarme de que el brazo seguía allí. Probablemente no me estaba asegurando de la presencia del brazo sino de mi propia felicidad.

Con esta relación, entre este personaje mayor y el brazo de la joven, Yasunari Kawabata reflexiona sobre las

emociones y añoranzas de la vejez ante los ímpetus latentes de la juventud.

Los brazos han simbolizado el poder, la fuerza, el socorro, la protección y la justicia. También han sido representación de una múltiple actividad; por ello, ciertos dioses hindú figuran con varios brazos en un manifiesto de sus actividades omnipresentes y todopoderosas. Los brazos extendidos al cielo expresan un estado receptivo de la energía cósmica o de invocación de la gracia divina. En un acto de rendición, son levantados los brazos para mostrar que no se porta armas o como significado de sumisión, clemencia, abandono y entrega.

Se cuenta que un día de 1820, en la isla de Milo, el campesino Yórgos Kendrotás, mientras labraba su tierra, encontró una estatua en mármol de la diosa griega Afrodita, o Venus en la mitología romana. Aquel hombre, fascinado por su belleza, la conservó largo tiempo en su casa hasta que sus conciudadanos acordaron regalársela a su gobernante, el príncipe turco Morousi. Pero cuando era embarcada, un grupo expedicionario francés, que ya había insistido en comprarla, asaltó la maniobra de embarque. Durante la riña por su posesión, la estatua cayó sobre el muelle rompiéndose los dos brazos. La numerosidad les dio la victoria a los franceses, pero en la precipitación de la huida salvadora dejaron abandonados los brazos de la escultura, que habían caído en la playa. Al llegar a Francia la estatua fue reparada y exhibida al Rey Luis XVIII, quien la cedió al Museo

de Louvre, donde aún permanece con el nombre de la *Venus de Milo*.

Aunque ya se cumplirán dos siglos de que la *Venus de Milo* perdiera sus brazos, ella continúa a la espera de que alguien un día los encuentre. Y es que ciertas leyendas afirman que aquellos brazos solitarios fueron recogidos en la costa y enterrados por los turcos en un incógnito e inhallable lugar, donde permanecen.

Pieles

Tremenda e incansable fue la fascinación por la piel femenina que mantuvo siempre el hoy casi olvidado escritor francés del siglo XIX Alphonse Daudet. Tal apasionamiento le surgió después de acudir, a los doce años, por primera vez a un prostíbulo y haberse quedado allí tres días seguidos por temor a ser detenido en unas redadas que efectuó la policía. Las muchachas del lugar lo mantuvieron escondido, le dieron de comer sólo lentejas y lo mimaron consintiéndole todos sus caprichos sensuales. Al salir, sintió la embriaguez de placer y el delirio permanente por la piel de las mujeres, además de un gran aborrecimiento por las lentejas.

Desde 1856 y durante ochenta años, el “Gran Museo Anatómico y Etnológico” del doctor Spitzner deambuló por ferias y circos de varias ciudades, donde se exhibía una colección de fenómenos y equívocos del género humano; entre aquellos modelos de cera y figuras naturales, destacaba una original pieza, única en su tipo: la piel curtida e íntegra de un hombre de treinta y tantos años, que en su desplegada anatomía conservaba todos sus rasgos; en realidad, una stampa macabra del pellejo humano.

La piel es la culminación de la adaptación evolutiva, una refinada envoltura impermeable hecha de una

estructura muy compleja y con diversas funciones orgánicas. Extendida alcanza una superficie promedio de uno punto ocho metros cuadrados y su grosor va desde seis a siete milímetros en la nuca y planta de los pies, hasta la fina delgadez de los párpados. Y por sus coloraciones o los estigmas que tenga, la piel es un distintivo de la persona, un carnet de su propia identidad.

En sus desnudos iconográficos, el pintor flamenco Peter Paul Rubens celebra el triunfo de la textura plástica de la piel y logra encumbrarla como si fuese una vestidura primordial.

Con retazos perfectos de pieles femeninas, el asesino múltiple del filme *El silencio de los inocentes* va confeccionando un vestido; un capullo dentro del cual pretende metamorfosearse de hombre a mujer.

Durante la Revolución francesa se rumoraba que algunas ediciones de libros habían sido forradas con la epidermis de las víctimas insurrectas, como también atestiguan algunos iniciados que las cubiertas del mítico libro *Necronomicón* permanecen hechas de piel humana.

Entre los rituales del México prehispánico, existía una ceremonia azteca en la cual se sacrificaba a una niña esclava representante de la diosa del maíz; en el epílogo de aquel acto sagrado, se desollaba el cuerpo de la diosa muerta y uno de los sacerdotes se embutía dentro de aquella piel ensangrentada y danzaba con los atavíos que la niña había portado, para asegurar que la muerte

divina alcanzara la resurrección y la diosa se perpetuara de energía.

Al final de una batalla triunfal, los guerreros griegos les quitaban a sus enemigos muertos algunas porciones de piel. A estos trozos epidérmicos se les llamaba “sarcasmos”, y servían para unirlos con hilo y crear un manto de victoria. De esto surge la palabra “sarcasmo”, cuya raíz *sarx* significa “carne” y deriva en “carne rasgada” o “cortar un pedazo de carne”, quedando hoy la palabra sarcasmo como una expresión irónica, de burla cruel que busca ofender o maltratar a alguien, como si se tratara de morderle la piel.

La piel es el dialogismo entre sentir y ser sentido, es el ámbito del sentimiento y la caricia.

Cuellos

La marmórea escultura *Victoria de Samotracia*, que fue labrada en el siglo 190 a.C. para celebrar las victorias sobre Antíoco III Megas, luce un cuello rasgado y libre que encumbra todo el cuerpo humano en esta grandiosa obra.

Los pintores florentinos del siglo xv sabían que si la mujer “no tiene cuello”, por muy bella que fuera, tendría una belleza sin la gracia divina; ellos buscaban cuellos largos para crear figuras esbeltas y vastas.

El cuello es la zona meridional del paraíso, la comunicación del alma con el cuerpo, un recinto de mullida suavidad donde hundimos la cabeza e inhalamos perfumes recónditos que señalan el camino del placer. La refinada sensualidad de Luis de Góngora lo exaltó poéticamente: “...y mientras triunfa con desdén lozano / del luciente cristal tu gentil cuello: / goza cuello, cabello, labio y frente, / antes que lo que fue en tu edad dorada / oro, lilio, clavel, cristal luciente...”.

La blancura del cuello ha propiciado infinitas metáforas: de alabastro, cristal, marfil, hielo, leche, nieve. En la segunda mitad de la Edad Media, se llegó al extremo de enaltecerlo en una traslucidez que permitía ver el color del vino o el agua cuando pasaban por su estrechez. La poesía sensual árabe y persa da otros atributos

al cuello: como árbol de alcanfor; por su perfume y su tronco delgado, candela, peine de marfil, rama florida y lingote de plata como dice el verso: “Aquel que pone la mano sobre el cuello de mi belleza turca queda prendido del vivo deseo de poseer este lingote de plata”.

Una metáfora distante de la realidad, porque la piel del cuello es muy frágil y por ello delata la marcha y el peso del tiempo.

Los pliegues formados en el cuello son círculos de la vida, los antiguos les llamaban “collares de Venus”. Quizá por ello los instructores de belleza aconsejan ejercicios giratorios para mantener esta zona con elasticidad muscular.

Para el catedrático español Andrés Amorós, el cuello es poéticamente: “...palo mayor al que me ataron y que me impide ver u oír a las otras sirenas, menos terribles que ésta...”.

Algunas tribus del Congo afirman que en el cuello habita la primera expresión de la vida, y cuando el cuerpo muere es el último recinto que desaloja; los indígenas Guaraní del Brasil colocan en el cuello el alma animal que condiciona su carácter; y las mujeres birmanas se alargan el cuello mediante la sucesiva colocación de anillos metálicos, los cuales expresan su edad, el rango y su riqueza. Es a los diez años cuando las niñas birmanas comienzan a recibir, en una ceremonia de iniciación, sus primeras cinco anillos que en lo sucesivo irán aumentando hasta llegar a soportar un peso de treinta kilos; es

el número de anillos de cobre, latón u oro el que ejerce también un poderoso atractivo estético. En la Antigüedad, se creía que al removerlas del cuello no podría éste soportar la carga de la cabeza, provocándoles la muerte. Pero esto es una falsedad, ya que los músculos del cuello pronto recuperan su fortaleza y alcanzan su normalidad. Otra versión sobre el origen de que las birmanas porten anillos en sus cuellos se remonta a la leyenda de que un día los espíritus castigaron a las tribus birmanas con una invasión de tigres. Las víctimas que mayormente sucumbieron bajo los colmillos felinos fueron los cuellos de las mujeres; por lo cual los hombres idearon protegerlas colocándoles anillos metálicos.

En realidad, todo cuello absorbe la tentación de inscribir sobre él una insigne huella de colmillos.

Estornudos

Entre 1932 y 1936, el gran escritor Alfonso Reyes se puso a recopilar una serie de estornudos que aparecen en obras literarias. Y llegó a compendiar, en su texto *Estornudos literarios*, a varios escritores que los mencionan: William Wordsworth, Luis de Góngora y Argote, Johann Wolfgang Goethe, Blaise Pascal, el Arcipreste de Hita, Walter Scott, Plutarco, Francisco de Quevedo, Nikolái Gogol, Gayo Valerio Catulo, Lucas Gracián Dantisco, Publio Ovidio, Baltasar Castiglione, Friedrich Nietzsche, Jenofonte y Robert Browning, que reflexionó sobre ese “estornudo inminente que nunca sobreviene”.

En la balanza de las creencias, los estornudos han oscilado en dos sentidos: entre “estornudófilos” y “estornudofóbicos”. Al primero pertenecen algunos pueblos prehispánicos que decían: “Un buen estornudo aclaraba el cerebro”; y la raza de los maorí, en Nueva Zelanda, quienes sostienen que su dios creador Tiki estornudó sobre el primer ser humano y le infundió la vida. También, varias tribus africanas creen que estornudar en medio de una conversación es un signo aprobatorio de su dios; y cuando un estornudo rompe el silencio, es un símbolo de buen augurio. En cambio, los

antiguos hebreos identificaban al estornudo con la vida, pues cuándo se ha podido ver a un muerto estornudar.

Otras culturas han pensado que entre los estornudos ronda la muerte, afirmando que en un violento estornudo se podía arrojar el alma. Aristóteles e Hipócrates llegaron a concluir que los estornudos eran reacciones de la cabeza contra elementos extraños que se introducen y ofenden a la nariz; y aseguraron que cuando iban acompañados de una enfermedad, presagiaban la mortandad del que estornudaba. Por ello recomendaban que, al término de una serie de estornudos, se asentaran bendiciones como: “¡Larga vida para ti!” o “¡Que Zeus te guarde!”. Este hábito de proferir buenos deseos al estornudar se postergó durante siglos, hasta que en el año 591, durante una gran epidemia que azotó Italia y cuyos primeros síntomas eran largas series de estornudos, el papa Gregorio I exhortó a todos los cristianos a manifestar: “¡Jesús!” o “¡Dios te bendiga!” al término del estornudo.

Otra costumbre muy extendida ha sido el cubrirse la boca al estornudar como regla de urbanidad, pero en realidad son pocas las gripes que se transmiten por los estornudos; en la mayoría, el contagio es a través de las manos, ya que las concentraciones del virus de la gripe en las partículas de saliva es muy baja. Estudios demuestran que un agripado, aunque estornude sobre la cara de una persona sana, tiene una probabilidad de

contagiar de una entre diez; en cambio por las manos es setenta por ciento más efectiva.

Al estornudar no se pierde el alma, pero sí se liberan a los pequeños demonios que cosquillean la nariz.

Lágrimas

En la primera página de la novela *Como agua para chocolate*, de la escritora mexicana Laura Esquivel, se relata como Tita, el personaje central, nace llorando; es más, incluso lloró desaforada desde el vientre de su madre, por lo cual un torrente de lágrimas la expulsó al mundo y el llanto acumulado inundó la casa; y una vez desecado por el sol, este llanto produjo cinco kilos de sal.

Vertimos lágrimas para expresar distintos propósitos y por diversos motivos: de dolor o alegría, por orgullo o frustración, ante la derrota o el placer, por fingimiento para chantajear, seducir o engañar.

Los arqueólogos datan que la referencia más antigua sobre unas lágrimas aparece en unas tablillas de barro del pueblo de Canaan, del siglo XIV a.C. Y es el poeta romano Virgilio, en su obra *Eneida*, quien primero da constancia de que las lágrimas pueden ser decorativas y embellecer a la persona que las derrama frente a la mirada de su amante. Y Ovidio, por su parte, sugiere que las lágrimas son muy seductoras y persuasivas: “Las lágrimas son eficaces. Con ellas ablandaréis hasta los diamantes. Haced, si os es posible, que el llanto humedezca vuestras mejillas”.

Según las creencias de Madagascar, los nacidos en noviembre son seres destinados a verter lágrimas, y

sólo se evita su padecer al sacudir la tapadera de una olla hirviente a su alrededor; las gotas que van cayendo, sustituyen las lágrimas futuras que saldrán de sus ojos.

Para la cultura azteca, y luego para la mixteca, las lágrimas tuvieron una importancia ritual y de comunicación suplicante con sus dioses. Según relata en sus diversas crónicas el fraile franciscano Bernardino de Sahagún, existían varias ceremonias en las cuales se lloraba para atraer e incitar la lluvia, donde la abundancia de las lágrimas derramadas por los niños sacrificados equivalía a la cantidad de gotas que las lluvias dispersarían sobre la tierra. También se lloraba durante las bodas, cuando las novias esparcían “lágrimas buenas” al dejar la casa familiar. En los ritos funerarios, en cambio, eran las “lloraderas”, aquellas mujeres que acudían ante los difuntos, las que vaciaban sus abundantes lágrimas por cuatro días como mínimo para acompañar a las almas al mundo del más allá y expresar la tristeza que dejaban atrás. Se cuenta que, a la muerte de Nezahualpilli, hijo y sucesor de Nezahualcóyotl, se lloró por ochenta días, el tiempo que tardan, según las creencias aztecas, los muertos en guerra o los sacrificados en llegar a la casa de Tonatiuh, el sol celeste.

Contemporánea al famoso mural *Guernica*, es la serie de las “lloronas” de Picasso; cuadros que representan a varias mujeres llorando y que le acompañaron a lo largo de su vida, amantes que derramaron lágrimas por el genio levantino.

“... las lágrimas alivian de manera extraña, aturden excitando en principio, responden como la risa a la invasión de lo desconocido, a la destrucción súbita del universo conocido que nos hemos construido”, pronunció el escritor francés Georges Bataille durante una conferencia en 1962; y es que las lágrimas brotan por causas distintas: por tristeza o rabia, dolor o gozo, en arrebatos vehementes o por el simple soplo de un recuerdo.

A lo largo de todo el siglo XVIII, llorar en el teatro o ante una lectura era una actividad social común que se terminó con la Revolución francesa; es entonces que el intercambio público de lágrimas deja de ser una etiqueta social de sensibilidad y se convierte en un refugio de emociones íntimas.

De cualquier manera las lágrimas son provechosas, y como recita el poema *Llorar a lágrima viva*, del poeta argentino Oliverio Girondo:

Llorar a chorros. / Llorar la digestión. / Llorar el sueño. / Llorar ante las puertas y los puertos. / Llorar de amabilidad y de amarillo. / Abrir las canillas, / las compuertas del llanto. / Empaparnos el alma, / la camiseta. / Inundar las veredas y los paseos, / y salvarnos, a nado, de nuestro llanto. / Asistir a los cursos de antropología, / llorando. / Festejar los cumpleaños familiares, / llorando. / Atravesar el África, / llorando. / Llorar como un cacuy, / como un cocodrilo... / si es

verdad / que los cacuyes y los cocodrilos / no dejan
nunca de llorar. / Llorarlo todo, / pero llorarlo bien.
/ Llorarlo con la nariz, / con las rodillas. / Llorarlo
por el ombligo, / por la boca. / Llorar de amor, / de
hastío, / de alegría. / Llorar de frac, / de flato, de fla-
cura. / Llorar improvisando, / de memoria. / ¡Llorar
todo el insomnio y todo el día!

Manos

Un viraje repentino y brusco del metro de París ocasionó que una mano de Julio Cortázar se deslizase por el pasamanos y sin querer alcanzara a rozar la mano de una desconocida mujer. Este casual encuentro de las manos le inspiró a escribir *Cuello de gatito negro*, un cuento de tema fantástico donde las manos de una chica mulata actúan independientes, con voluntad propia, y nunca le obedecen.

Las manos para Cortázar eran algo mágico y en extremo significativas, por ello aparecen constantes en sus cuentos: *Estación de la mano*, *Las armas secretas*, *Las manos que crecen* o *No se culpe a nadie*. Tal obsesión por las manos, según confesó en una entrevista, surgió por el comentario sentencioso que pronunció una de sus primeras novias: “Lo único verdaderamente interesante en ti son las manos; tus manos tienen más personalidad que tu cara”. Palabras que tal vez le pegaron como duros puños.

Las manos han guiado la evolución de la mente, por ellas somos los humanos que somos. En los jeroglíficos egipcios, la mano significa acción, donación y trabajo; entre los romanos la mano expresa la autoridad del padre y del emperador; para los bereberes es pro-

tección, dominio, poder y fuerza, y en la mística oriental la mano asociada al ojo simboliza clarividencia.

La mano en el cuello señala disposición al sacrificio, y colocada sobre el pecho indica la actitud del sabio a la reflexión, como está representada en el cuadro *Caballero de la mano al pecho*, del pintor griego Doménikos Theotokópoulos, llamado el Greco; dos manos enlazadas son emblema de la buena fe y la amistad, de la unión ante el peligro y la fraternidad universal. Y en los inicios del arte cristiano, no figuraba el rostro de Dios, se representaba sólo mediante una mano que salía de una nube. A veces cerrada, otras abierta o con tres dedos extendidos rodeados de rayos luminosos expresando a la *Trinidad*.

Durante un tiempo, en el siglo XII, las manos de la gente ahorcada fueron muy valoradas para confeccionar las llamadas “manos ardientes”, las cuales eran cortadas a la medianoche de los viernes y luego secadas en forma de puño medio cerrado, siguiendo ciertos ritos secretos. Una vez terminadas, se les ponía una vela negra cuyo pabilo debía confeccionarse con cuerda usada en el ahorcamiento. La “mano ardiente” se empleaba para la búsqueda nocturna de tesoros escondidos. Se decía que su llama ardía con mayor claridad cuando la mano se aproximaba a la fortuna oculta. También cuentan las leyendas que las brujas usaban las “manos ardientes” para envenenar a quien ellas desearan, pero sólo mientras la vela permaneciera consumiéndose.

De manera impecable e intensa, en su novela *Veinticuatro horas en la vida de una mujer*, el escritor alemán Stefan Zweig nos revela las emociones, los sentimientos y las reflexiones de una mujer para conocer a las demás personas sin mirarles las caras, sólo por los gestos que cometen sus manos sobre las mesas de juego de un casino:

En aquel instante miré dos manos (hasta me sobresalté), la derecha y la izquierda, como jamás había visto; dos manos convulsas que, cual animales furiosos, se acometían una a otra, dándose zarpazos y luchando entre sí de manera tal que crujían las articulaciones de los dedos con el ruido seco de una nuez cascada. Eran aquellas unas manos de singular belleza, extraordinariamente alargadas y estrechas aunque, al mismo tiempo, provistas de una sólida musculatura; muy blancas, con las uñas pálidas y las puntas de los dedos finamente redondeadas. Yo las hubiera contemplado toda la noche. Me sentía maravillada de aquellas manos extraordinarias y únicas. Pero lo que en particular me impresionó fue el frenesí, la expresión locamente apasionada y la manera de luchar una con otra. Adiviné al punto que estaba ante un hombre abrumado, el cual contenía todo su sufrimiento con la punta de los dedos para no dejarse aniquilar por él. Y en aquel instante, en aquel instante preciso en que la bolita fue a caer con un ruido seco en la casilla y el *croupier* cantaba el número,

en aquel segundo, las dos manos se separaron, cayendo desplomadas, como dos bestias alcanzadas por un mismo tiro. Se abatieron realmente desfallecidas, inertes, con plástica expresión de extenuación y de desengaño, cual heridas por el rayo...

Con las manos pedimos, rogamos, prometemos, llamamos, ordenamos, amenazamos, nos despedimos, injuriamos, absolvemos, animamos, nos burlamos, delatamos, suplicamos, compadecemos, halagamos, nos reconciliamos, admiramos, desafiamos, aplaudimos, enumeramos, nos enojamos, rechazamos, bendecimos, incitamos, nos avergonzamos, instruimos, juramos, nos regocijamos, conocemos, despreciamos, celebramos, acariciamos.

¿Qué no logran hacer las manos por nosotros?

Axilas

“Las axilas son el sexo de los dioses”, sentenció el filósofo presocrático Heráclito de Éfeso. Y quizá por eso en numerosos lienzos pictóricos como *Venus dormida*, una de las últimas creaciones de Giorgione Barbarelli, o el cuadro *Venus y Amor descubiertos por un sátiro*, del pintor italiano Antonio Allegri da Corregio, presentan ambas obras a la diosa griega recostada, levantando un brazo y mostrando el hueco de su axila como alegoría del sexo femenino e imagen de la seducción por medio del olor corporal.

A mediados de los años setenta del siglo xx, las escritoras Monique Wittig y Sande Zeig publicaron *Borrador para un diccionario de las amantes*, una travesía textual de definiciones agudas, poéticas, sensuales y eróticas entorno a mujeres. Y en su tema dedicado a las axilas consignan:

Algunas amantes poseen una química sabia. En verano, al sol, el perfume de sus axilas huele, por ejemplo, a pimienta o a almizcle. En invierno, operan modificaciones en sus secreciones que cambian por completo los olores. Es lo que llaman —*asumir su perfume de invierno*—.

En el verano de 1929, el pintor catalán Salvador Dalí conoció a Helene Kimitrovic Diakanova, hija de un abogado ruso y a quien todos conocían como Gala, y quedó enamorado de ella. De inmediato comenzó a cortejarla y seducirla a la manera surrealista: se afeitó las axilas hasta sangrar, luego secó la herida con azulete, un pigmento proveniente del cobalto y que se usaba para blanquear la ropa blanca, se puso los pantalones al revés y una camisa que cortó para mostrar su ombligo y sus pezones; luego se untó el cuerpo con una mezcla de paté de pescado y estiércol de cabra que desprendía olores nauseabundos, y para concluir su aspecto grotesco colocó una flor de geranio roja en una de sus orejas y fingió histéricos ataques de risa. Al principio ella lo encontró repulsivo, pero al terminar el año le prometió: “¡Mi niño pequeño! ¡Nunca nos abandonaremos!”. Dalí rondaba la edad de veinticinco y aseguraba ser virgen. Gala entonces permanecía aún casada con el poeta francés Paul Éluard y era una mujer de espíritu libre, desinhibida y escandalosa. Duraron cincuenta años juntos, siendo ella la indisoluble e inmortal musa de Salvador Dalí.

Cuando fue compañero de aula de Federico García Lorca, el oriundo poeta de Tenerife Agustín Espinosa García tuvo una novia llamada María Ana, a la cual varios años después convirtió en la homónima protagonista de su *Oda a María Ana, primer premio de*

axilas sin depilar de 1930, con la cual inicia un viraje pleno al surrealismo:

... Tengo aún en mi boca el cosquilleo de la radiosa axila que María Ana destapó, al levantar su brazo derecho, para celebrar el regocijo de poderseme dar en un bello erizo asustado.

Tengo aún en mis ojos el primer centelleo de la estrella negra que María Ana encendió, al levantar su brazo izquierdo, para celebrar el regocijo de poderseme dar en un bello erizo incendiado.

Con esencia de sudor de tus axilas, María Ana, se fabricará el perfume integral que arruinará a los actuales perfumistas del mundo y acabará con las futuras industrias perfumistas del submundo.

Con el hueco rosa y caoba de tus axilas sin depilar, María Ana, haré el nido blando donde mi lengua empole sus horas más claras. Cada vello, y aun cada fragmento de vello, de tus axilas, María Ana, sabe un vocabulario nuevo que enseñar a mi sexo casi analfabeto frente a la sabiduría de 489 vellos de cinco años. Cada centésima, y aun cada milésima de centímetro cuadrado, de tus axilas, tendrá un recuerdo de mis dientes de aprendiz de mordedor de axilas sin depilar...

Entre los reinos escandinavos, como los vikingos, los gigantes fueron una poderosa raza mitológica de fuerza suprahumana y siempre enemiga de los dioses, aunque

con frecuencia llegaban a casarse entre ellos. Del gigante primigenio Aurgelmir se cuenta que, una noche mientras dormía, del sudor de una de sus axilas engendró a Trudgelmir, un gigante de seis cabezas que a su vez hizo nacer a su compañero Bergelmir. De estos dos emergió toda la estirpe de gigantes malvados del hielo que iniciaron una guerra que duró siglos contra los dioses. Al final los gigantes fueron vencidos y se dio muerte a Aurgelmir; su enorme cuerpo fue arrojado a las entrañas de la tierra y su piel formó el jardín central de Midgard, sus huesos crearon las montañas, su vello generó la vegetación y sus dientes los grandes acantilados de Escandinavia.

Conocido es que el olor resultante de las axilas, y también de las zonas púbicas, permite la comunicación entre las personas, ya que ambas regiones anatómicas son alojadas por glándulas que producen secreciones diversas, entre las cuales se emiten las llamadas hormonas del sexo y el amor, las feromonas. Sustancias que sirven para excitar, atraer, relacionar y reconocerse entre los seres humanos.

Pero las actuales épocas imponen a la mayoría de las axilas femeninas a permacer depilada; y en ambos sexos, a no emanar sus propios y naturales aromas sino exhalar perfumes o desodorantes comunes que bloquean las volátiles feromonas e impiden esta ancestral comunicación olfativa.

Párpados

El origen del té, según relata una leyenda japonesa, ocurrió por un monje asceta llamado Dharma que, durante una peregrinación a China, perseveraba en no dormir y continuar tenazmente en sus meditaciones. Pero un día, agotado por la intensa travesía, se quedó dormido mientras meditaba. Al despertar, se enfureció tanto consigo mismo que decidió cortarse los párpados con un cuchillo y así nunca más sus ojos podrían volver a cerrarse. Dicen que, a la mañana siguiente, en el sitio donde cayeron sus párpados, había brotado un arbusto diferente a todos los demás circundantes y cuyas hojas, descubrió después Dharma, poseían la cualidad de ayudar a mantener los ojos abiertos. Aquel joven monje difundió por China las propiedades de tales hojas y a su regreso a Japón introdujo la planta del té en varios templos del budismo Zen.

Los párpados son delgadas puertas al reino del sueño, murallas entre la oscuridad y la luz. Y su parpadear, un lenguaje de seductora comunicación; guiñar los párpados o dejarlos caer con fragilidad lleva el intento de embelesar y atraer sexualmente, o entrelazar la confabulación entre dos personas de un secreto compartido.

Ante la buena y educada costumbre, persistida hasta la mitad del siglo xx en muchas sociedades occidentales, de que las mujeres salieran o se presentaran públicamente acompañadas de otra persona, desde sus propias madres hasta las llamadas chaperonas, y evitar una libre comunicación con otras personas o cometer algún exceso erótico, surgieron alternativas maneras de coquetear o comunicarse; abanicos, lunares postizos o guiñar los párpados fueron códigos en clave de un lenguaje comunicativo. En 1891, el periódico *Taranaki Herald*, de New Plymouth en Nueva Zelanda, publicó bajo el título *Eye Flirtation* las siguientes significaciones:

Guiñar el párpado derecho —Te quiero.

Guiñar el párpado izquierdo —Te odio.

Guiñar ambos párpados —Sí.

Guiñar ambos párpados a la vez —Nos observan.

Guiñar el párpado dos veces —Estoy comprometido.

Guiñar el párpado izquierdo dos veces —Estoy casado.

Bajar los párpados —¿Puedo besarte?

Levantar las cejas —Bésame.

Cerrar el párpado izquierdo lentamente —Prueba y ámame.

Cerrar el párpado derecho lentamente —Eres bonita.

Colocar el índice derecho sobre el párpado derecho —¿Me amas?

Colocar el índice derecho sobre el párpado izquierdo —Eres guapo.

Colocar el meñique derecho sobre el párpado derecho —¡No te da vergüenza!

Al movimiento involuntario de los párpados se le denomina “blefarospasmo” y existen ciertas supersticiones para estos intermitentes espasmos, algunas atribuidas a los ancestrales incas, que al parecer creían de buen agüero si el titileo ocurría en el párpado superior izquierdo, pero mejor si éste sucediera en el derecho, ya que esto prometía prosperidad y alejamiento de carencias. De manera contraria juzgaban si estos movimientos sobrevenían en los párpados inferiores, donde si acontecía en el párpado derecho se pronosticaban llantos al acercarse visiones que causarían penas y dolores. Aunque serían peores los males y desdichas si se tratase del párpado inferior izquierdo. Para contrarrestar los negativos agüeros, los incas tomaban una punta de paja humedecida con la saliva de la persona afectada con el parpadeo espontáneo y la colocaban sobre el párpado afectado, para con ello crear un dique que atajara el correr de las lágrimas y disolver aquellos malos pronósticos designados.

En varias de sus obras, el escritor español Benito Pérez Galdós, que vivió sus últimos diez años ciego, pobre y olvidado, detalló algunas enfermedades de los párpados como la blefaritis, inflamación de los párpados.

dos. En su novela cumbre, *Fortunata y Jacinta*, escribió: “...tenía los párpados enfermos, rojos y siempre húmedos, privados de pestañas, por lo cual decían de ella que con un ojo lloraba a su padre y con el otro a su madre”.

O cuando busca describir las duras condiciones de vida de sus personajes:

El ojo derecho no estaba todo lo abierto que debía, a causa de una riña, y el párpado inferior del mismo había adquirido notoria semejanza con un tomate, a consecuencia de la aplicación de un puño cerrado, de lo que resultó una inflamación que vino a parar en endurecimiento.

También en su novela *Tristana*, el personaje de doña Trinidad padece: “...una relajación de los músculos de los párpados. No abría los ojos sino a medias y esto con dificultad en ciertos días... llegando a veces al sensible extremo de tener que levantarse el párpado con los dedos si quería ver bien a una persona”.

Los párpados pueden ser también una metáfora poética de la añoranza, como los transcribió Francisco de Quevedo en su soneto 448:

Si mis párpados, Lisi, labios fueran, / besos fueran los
rayos visuales / de mis ojos, que al sol miran caudales,
/ águilas, y besarán más que vieran. / Tus bellezas, hi-
drópicos, bebieran, / y cristales, sedientos de crista-

les; / de luces y de incendios celestiales, / alimentando
su morir, vivieran. / De invisible comercio mantenidos,
/ y desnudos de cuerpo, los favores / gozaran mis po-
tencias y sentidos; / mudos se requiebraran los ardores;
/ pudieran, apartados, verse unidos, / y en público, se-
cretos los amores.

Durante los últimos cinco minutos de su vida, el escritor francés Marcel Proust miró la figura de Celeste Albaret que permanecía fiel a los pies de la cama. Ella, las veinticuatro horas del día y a lo largo de ocho años, había sido su mucama, valet, ama de llaves, confidente, correo y devota ángel guardián. Los ojos de monsieur Marcel continuaban clavados en ella cuando el profesor Robert Proust le murmuró al oído: “Se nos ha ido, Celeste”. Y después se inclinó despacio sobre su hermano y le cerró los párpados que permanecían abiertos. La fiel Celeste quiso unir las manos sobre el pecho de Marcel Proust, como era la tradición, pero el profesor le dijo: “No, Celeste. Murió escribiendo. Dejémosle las manos estiradas”.

En varias culturas antiguas se consideró de mal augurio que una persona quedase muerta con los ojos abiertos, ya que su mirada sin vida podía provocar el fallecimiento de algún otro familiar cercano, y por ello debían cerrarle los párpados tras la exhalación de su último suspiro. A esta costumbre generalizada de cerrar o bajar los párpados a los difuntos se la ha llamado “últi-

mo tributo”, y en realidad se realiza más como una consideración a los vivos que pueden observar un cadáver que parece dormido en lugar de a un ser de mirada fija y siniestra. Y es que los ojos ya muertos pronto quedan deshidratados y sus córneas se tornan blanquecinas, lo cual muchos juzgarían aterrador e impresionante.

Pero no todos mueren con los párpados abiertos, como asombrados de ver a la muerte. Otros quedarán con los párpados fuertemente apretados, pareciendo negar aquella visión funesta. Mas algunos permanecerán con los párpados entreabiertos, en el atisbo vacilante de una duda eterna.

Salivas

“Un mundo nace cuando dos se besan”, escribió Octavio Paz en su gran poema *Piedra de sol*. Y ahora parece, según investigaciones neurocientíficas, que un beso genera todo un mundo químico donde el intercambio de salivas nos ayuda a los humanos para evaluar y elegir a la pareja apropiada.

Una de tantas traducciones del *Cantar de los cantares*, poema amoroso a manera voces y cantos alternados entre dos amantes, inicia con la expresión: “Que me dé a beber los besos de su boca”, ya que los amantes beben su saliva como néctares de miel o leche, e incluso zumo de uva, que se menciona en *Las mil y una noche* y “que sacia la sed más ardiente”.

La saliva es una secreción glandular muy alimenticia, antibiótica y regeneradora para nuestros cuerpos, ya que contiene proteínas, calcio, potasio, cloro y sodio. Por ello, los taoístas pregonan que debemos segregar y tragar grandes cantidades de saliva para protegernos de enfermedades. Y algunos de ellos incluso pasan periodos sólo alimentándose de su saliva.

De día y noche tragamos constantemente la saliva que tenemos en la boca y sin que esto cauce el mínimo asco. Pero una vez que la saliva abandona su recinto natural dentro del cuerpo, se convierte en algo ajeno y

quizá para muchos asqueroso. ¿O quién se animaría a beber un vaso medio lleno de su propia saliva?

Desde la Antigüedad persisten difundidas creencias sobre la saliva y el escupir. Ya en el siglo I después de la crucifixión, el naturalista y militar romano Gayo Plinio Cecilio Segundo, más conocido como Plinio el Viejo, en su *Historia Natural* alude la superstición de la saliva para evitar embrujos. También el historiador latino Tácito mencionó que la saliva era poderosa como medicina y buen remedio contra maléficos hechizos; incluso refiere que el emperador Vespasiano logró devolverle la vista a un ciego untándole saliva sobre los ojos. San Juan y San Marcos, en algunos pasajes evangélicos, le atribuyen a Jesús semejantes sucesos cuando le unta a un hombre su saliva mezclada con tierra y éste recupera la visión, o a otro, un sordo y tartamudo que curó al meterle sus dedos en los oídos y aplicándole su saliva dentro de la boca.

Para los Masai del Este de África Central, escupir saliva es un símbolo de amistad y respeto. Cuando nace un niño Masai, es escupido por sus familiares y el resto de la tribu para otorgarle buena suerte en su vida. Asimismo, al encontrarse o despedirse se escupen unos a otros. Y de igual manera lo hacen al cerrar algún trueque o acuerdo.

En el invierno de 1956, meses antes de morir, el solitario y erudito escritor siciliano Giuseppe Tomasi di Lampedusa escribió el magnífico relato *Lighea*,

igualmente traducido como *El profesor y la sirena*, donde menciona que el escupir saliva puede ser una acción benéfica y liberadora:

... nunca toso antes de escupir. Mi expectoración no es señal de enfermedad ninguna sino de salud mental. Escupo porque me dan asco las tonterías que leo. Si te quisieras tomar la molestia de examinar ese arnés (me indicaba la escupidera), podrías darte cuenta de que contiene muy poca saliva y ninguna traza de moco. Mis esputos son simbólicos y altamente culturales.

No dejemos de tragar saliva para favorecernos la salud o escupamos cuando sea necesario. Y generemos nuevos mundos al besarnos más.

Cabezas

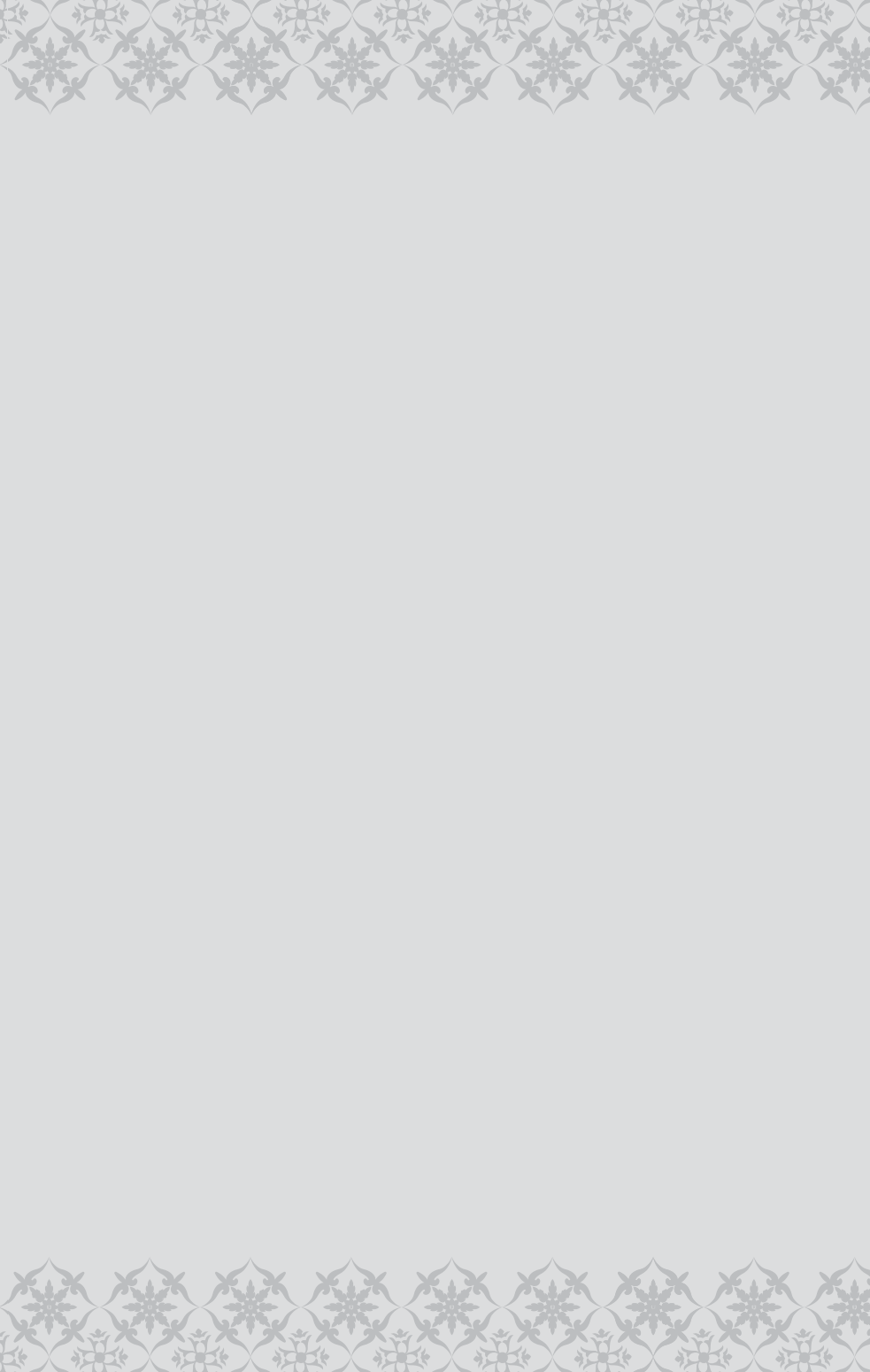
Después de ser decapitado por mandato real, el cuerpo de Sir Walter Raleigh fue sepultado. Su amada esposa deseó conservar la cabeza del explorador inglés y la mandó embalsamar; metida en una bolsa de piel, la cabeza estuvo a su lado los 29 años que le sobrevivió. Luego, el hijo de ambos, hasta su muerte, se encargó de cuidar la cabeza de su padre. Cabeza e hijo fueron enterrados juntos, pero sólo 14 años permanecieron inalterables, ya que tiempo después fueron exhumados para ser trasladados a otro cementerio.

La cabeza como cima del cuerpo humano ha simbolizado la autoridad de gobernar y esclarecer. También se ha considerado que en las cabezas habita la vida, el valor y la gran fuerza del cuerpo. Por ello, se ciñen coronas o guirnaldas en cabezas de vencedores y héroes. Y sólo la decapitación, al desunir el cuerpo del cerebro, garantizaba una muerte total. Era entonces que la cabeza del vencido se convertía en un singular trofeo de guerra.

Mientras algunas culturas cubren sus cabezas para protegerlas, debido a creer que es en ellas donde reside un espíritu sensible; otras las consideran tabú y no permiten que nadie las toque, ni que nada pueda estar sobre ellas.

Cuando los romanos cavaron los cimientos del templo de Júpiter, encontraron enterrado un enorme cráneo al que vieron como augurio de que Roma sería la cabeza del mundo. Y no se equivocaron, el imperio romano predominó por cinco interminables siglos.





**De pies
a cabeza**
se terminó de
imprimir en diciembre de
2020 en las oficinas de la
Editorial Universidad de Guadalajara,
José Bonifacio Andrada 2679, Col. Lomas
de Guevara, 44657, Zapopan, Jalisco.

Modesta García Roa
Coordinación editorial

Miguel Ángel Moncada Rueda
Cuidado editorial

María Alejandra Romero Ibáñez
Diseño y diagramación